



Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

MOTIN ROBÓTICO

JOE BENNETT

Table of Contents

Motín robótico

CAPÍTULO I
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII

Notas a pie de página

Annotation

El cargo de asesor técnico en la Fábrica Nacional de Espacio-coheteria producía suficientes quebraderos de cabeza como para dejarse invadir, a veces, por un mal humor de todos los diablos.

Walter Trimmer llevaba disfrutando del cargo dos años seguidos, y podía decirse de él que conoció épocas de abatimiento, de irritación y de frenesí casi constante.

Motín robótico

Joe Bennett

Cautivos del espacio

Luchadores del Espacio, 139



JOE BENNETT

MOTIN ROBOTICO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal: V. 738 —1959
EDITORIAL VALENCIANA —VALENCIA

CAPÍTULO I

MOTÍN ROBÓTICO

JOE BENNETT

CAPÍTULO PRIMERO

CINCO MIL COHETES ESPACIALES

El cargo de asesor técnico en la Fábrica Nacional de Espacio-coheteria producía suficientes quebraderos de cabeza como para dejarse invadir, a veces, por un mal humor de todos los diablos.

Walter Trimmer llevaba disfrutando del cargo dos años seguidos, y podía decirse de él que conoció épocas de abatimiento, de irritación y de frenesí casi constante.

Aquella mañana, manoteando tras la mesa de su despacho, totalmente cubierta de planos, fórmulas espacio-aeronáuticas, presupuestos y proyectos de cohetería teledireccional, parecían haberse dado cita todas las dificultades inherentes a una producción masiva de instrumentos delicadísimos.

El Departamento de Estado Terrestre, División de Servicios Interplanetarios, había cursado un pedido con carácter urgente. Y lo peor que podía ocurrir en aquella clase de trabajos supersensibles y extra-supeditados a mediciones micromilimétricas era que comenzasen las estúpidas prisas del Gobierno.

Siempre igual. ¿Cuándo comprenderían que un espacio-cohete es algo tan complicado que el más ligero error de cálculo, estabilidad o fuerza ascensional basta para ocasionar su total destrucción? ¡Hay que tener en cuenta una multitud abrumadora de factores y la Fábrica Nacional de Espacio-coheteria —la FNE, como se designaba en los círculos oficiales— no podía permitirse el dispendio de gastar millones en la construcción de objetos inservibles!

Playton, un rubio mocetón de franca sonrisa y alegre mirada azul, que acababa de tenderle el diseño de un proyectil biseccional, movió negativamente la cabeza.

—Nunca, Walter —replicó—. Al Gobierno no se le pueden ir con obstáculos. Es algo impersonal y por tanto, incapaz de razonar. Si quieren cinco mil piezas para final de mes... temo que te verás obligado a forzar el ritmo de la producción. Ya lo has hecho otras veces.

—¡Que se vayan al diablo! ¡El día menos pensado presentaré la dimisión!

—¿Y qué ganarás con ello?

—Tranquilidad. Ojalá pongan a otro en mi puesto y...

La risita burlona de Playton le interrumpió.

—Tú no puedes vivir alejado de estos problemas —contestó—. Lo sé. Te conozco demasiado bien. Gruñes, chillas y peleas con medio

planeta... pero en el fondo te encanta saber que el Departamento de Estado confía en tu capacidad. Hasta hoy, los envíos siempre se sirvieron puntualmente.

—¡Hasta hoy!

—¿Y bien?

—¡Ahora no puede ser! ¡Quedan doce días para que termine el mes! ¿Cómo vamos a fabricar cinco mil espacio-cohetes *perfectos* en doce insignificantes días? ¡La mitad de ese tiempo lo necesitamos, poco menos, para efectuar los televuelos de prueba!

—Tómalo con calma. Estás excitado.

—Sí. Y lo estaré mucho más antes de que acabe la mañana. ¡Es absurdo! ¡Ellos lo saben!

—Bien —Playton se encogió de hombros—. No cabe duda de que lo saben. De que lo han sabido siempre... Hablemos de otra cosa. ¿Qué opinas del diseño? Creo que bien merece una ojeada.

Walter Trimmer rezongó algo por lo bajo y levantó a dos palmos de su cara el perfecto croquis a escala graduomilimétral. Playton había puesto sus amplios conocimientos en la confección del diseño, plasmándolo en proyección tridimensional, y el Asesor Técnico de la FNE lo contempló con ojo experto. La arruga de su frente fue desapareciendo, denotando el creciente interés que le ganaba.

—Parece bueno —admitió.

—¿Sólo eso?

—Conforme, Playton. Admito que promete bastante... sobre el papel. Pero en espacio-balística no se puede confiar en teorías, porque la práctica ha demostrado...

—Ya lo sé, ya lo sé... Llevo dos años escuchando lo mismo. Dame ocho días de plazo, media docena de *mecano-operarios* y te ofreceré la primera demostración práctica.

—¡Ni lo sueñes! ¿Te has olvidado del encargo? Necesito a todo el personal de la Fábrica, incluido hasta el último robot, para dedicarlo a los espacio-cohetes. Es mejor que te vayas haciendo a la idea de abandonar tu diseño por el momento.

—Walter...

—No empieces con los ruegos. El Gobierno es el Gobierno. ¡Hay que atenderlo!

—¿Qué ha pasado con tu dimisión? ¿No ibas a presentarla?

—Anda —gruñó Walter Trimmer ante las risitas mordaces de Playton—. Déjame solo. Estoy muy ocupado y no es ocasión para hablar de nuevos proyectos. Ve a reunirte con Finegan. Yo he de estudiar a fondo el problema planteado por la División de Servicios Interplanetarios.

Sí. Era un bonito problema. Otras veces, como Playton había apuntado, les metieron en el mismo brete; pero algo surgió a última

hora capaz de ayudarles a resolver el conflicto.

Por ejemplo, recordaba aquella ocasión de las astronaves pedidas por el Servicio de Inmigración Cósmica. El tiempo también se les echaba encima y el Gobierno inició las febriles presiones. Finegan, el inseparable compañero de Playton, es decir, el otro inteligente espacio-ingeniero de la FNE, pasó dos semanas completas encerrado en el Laboratorio de Ensayos... ¡y descubrió la aleación de metal súper duro que permitió fundir una estructura liviana, resistente y antifriccional!

Walter sonrió para sí, al pensar que todavía les sobraron treinta y dos horas del plazo señalado por el Servicio de Inmigración Cósmica. Pero el trabajo pudo realizarse gracias al descubrimiento de Finegan, al revolucionario invento de la aleación *Inelástica*.

Algo por el estilo debía ocurrir ahora para que todo se solucionase de acuerdo con los deseos del Mando. ¡Vaya deseos! Algo, por demás, extraordinario.

—No se trata de inventar productos nuevos —soliloquió—. En todo caso, de aplicar una fórmula de producción extra intensiva. Un sistema que incremente al máximo la fabricación de piezas. ¡Doce días! Ése es el tiempo de que disponemos. ¡Doce cochinos días! ¿A quién se le habrá ocurrido la *luminosa* idea?

De un manotazo barrió las pirámides de papeles acumulados encima de la mesa. Era inútil. No se podía exigir mayor esfuerzo a las máquinas, a los hornos, al taller de instalación, ni a los *mecano-operarios*... ¡y esto le sacaba de quicio, poniéndole fuera de sí!

Estaba furioso. Colérico como nunca. Una legión de *robots* actuaba de ajustadores, comprobadores, niveladores... Un solo hombre —Tim Vogel— instalado ante el cuadro electrónico del Departamento de Robótica, podía *dirigir* la actividad de los servomecanismos y forzar gradualmente su ritmo de producción.

Pero, indefectiblemente, se llegaría al *tope*, del cual es imposible pasar. Un *robot* trabaja mejor y *mucho más* que un ser humano. La ausencia de fatiga le permite realizar turnos que para un hombre significarían la extenuación primero, y la muerte por agotamiento después.

Jamás se queja ni reclama aumento de salarios por las horas extra. Y sin embargo... ¡hasta para un *robot* existe un límite de productividad! ¡El llamado índice de marcha *tope*! Forzando su mecano-resistencia, acaba por desembocarse en el desgaste, la falta de selectividad y el desentronque de las piezas móviles.

Aparte, naturalmente, de la pérdida de exactitud laboral —*autoconciencia profesional*, como se designa técnicamente— que degenera en disturbios capaces de alterar su complicadísimo cerebro positrónico. Y es peligroso. Siempre lo han advertido los expertos en

robótica. Aunque el autómatas se halle sujeto a telecontrol.

Algunas veces se había formulado esta pregunta: ¿Qué es un *robot*? Una máquina, no cabe duda. La más perfecta máquina creada por la inteligencia y destreza del hombre para su servicio. El aprovechamiento de las facultades idóneas al *robot* han sido explotadas debidamente en fábricas, empresas diversas y hasta en los hogares, donde los servomecanismos domésticos constituyen una bendición para las amas de casa.

Muy bien. Todo ello es sabido. El hombre vive feliz con el bienestar que le proporciona el *robot*, disfrutando de una serie de ventajas indiscutibles. Allí mismo, en la gigantesca FNE los *mecanoperarios* constituían el convincente noventa y nueve por ciento del personal.

Los seres humanos podían contarse con los dedos de las manos y su cometido se subordinaba, esencialmente, al manejo y control de los autómatas. Sólo de esta forma se llegaba a alcanzar niveles laborales que rebasaban los cálculos corrientes. La mecanización total significaba *eficiencia y cantidad*. Dos factores básicos en todo negocio, cualquiera que sea su índole: calidad y número.

Seis hombres *movían* el complicado engranaje de la Fábrica Nacional de Espacio-cohetería. Únicamente *seis* hombres.

Dan Canfield, el Director. Era la cabeza visible de la Compañía y el responsable personal de su buen funcionamiento. El Gobierno le pediría cuentas si el *encargo* de los cinco mil cohetes espaciales no se servía en el tiempo previsto. Claro que Dan Canfield descargaría sus iras sobre el resto de la plantilla humana. Jamás se había resignado a aceptar *solo* la culpa de nada.

Walter Trimmer ocupaba el segundo lugar responsable. La otra *cabeza* visible, dado su cargo de Asesor Técnico. Playton y Finegan, los espacio-ingenieros, recibirían luego los golpes de la División de Servicios Interplanetarios. Podía significar un *bache* en su brillante carrera profesional. Tim Vogel, al frente del Departamento Robótico, tampoco saldría ileso del rapapolvo.

Y como final, aunque en menor escala, hasta el sonriente Republic encajaría algún papirotazo de refilón. Republic era el experto en reparaciones. Una especie de doctor para los *robots*, de cuyo cuidado dependía el exacto funcionamiento de las servomáquinas. Seguro que se meterían con él por no haber sabido *apretar los tornillos* a tiempo.

He aquí la cuenta total. *Seis* hombres para obligar a marchar a todo un ejército mecanizado. El Progreso Laboral traía estas cosas. Nadie podía asombrarse, porque también el Progreso Espacial, desde su propia esfera específica, había logrado el acercamiento de la Tierra con todos los interesantes astros que formaban el viejísimo Sistema Solar.

Hoy en día, cualquiera podía disfrutar sus vacaciones en Marte, Júpiter o el anillo Saturno. Y también en los restantes planetas existían *robots*. Walter pensaba si la Era Interplanetaria no fue algo así como el primer escalón para la Época de las Máquinas.

Robots para cuidar enfermos, para fabricar y conducir vehículos, para ocuparse de las labores más ásperas... Para todo. La Tierra, como astro y como mundo habitado, casi dependía del auxilio de los autómatas. A veces, esta idea infundía un poco de respeto... y otro poco de miedo.

El *sonorizador* del telecomunicador que destacaba sobre la mesa vibró entonces, disipando sus íntimas reflexiones mentales. Alargó una mano y accionó la clavija de contacto. ¡Ea! ¡Basta de pesimismo!

Al iluminarse la telepantalla dando vida al rostro adorable de Eva Sunning, una sonrisa floreció en sus labios hasta poco antes comprimidos por un frunce de malhumor. No obstante, tragó saliva. Comenzaba para él la etapa de las eternas explicaciones.

—¡Hola! —saludó la voz cristalina de Eva—. ¿Puedes decirme quién es el hombre más ocupado del mundo, Walter? ¡Me siento abandonada!

—Acaso te refieres a mí, querida. Insúltame. Ya sé que no tengo perdón.

—Algún día me casaré contigo y te castigaré de un modo que no imaginas. ¿Qué hora es?

—Supongo que... que un poco tarde.

—Un poco —repitió Eva, amenazándole con el dedo índice—. Oigamos tus disculpas. Me has dejado compuesta... y sin novio.

—Escucha, cielo. Tú has dicho la verdad. Soy el hombre más ocupado del mundo...

—Y el más olvidadizo también.

—No —Walter sonrió de nuevo—. Ocupado es la expresión exacta. No he olvidado nuestra cita; pero han surgido complicaciones. Esto no es cosa imprevista para ti, ¿verdad? Ya sabes que trabajo en la FNE y que me debo al empleo por todos conceptos.

—¿De qué se trata ahora?

—La división de Servicios Interplanetarios otra vez. Un pedido importante.

—Y urgente, ¿eh?

—¡Ajá! —Walter se pellizcó la barbilla—. Disponemos de doce días para preparar cinco mil cohetes de exploración espacial. Si te sobra tiempo convendría que vinieses a echarnos una mano.

—¿En qué podría serte útil?

—Quizá apretando tuercas o fundiendo juntas. Estoy preocupado, Eva. ¿Te importaría que cancelásemos la cita?

—¡Oh, querido! ¡Eso no es justo!

—Ya lo sé. Pero el Gobierno nos adjudica el papel de mártires... y el Gobierno es quien manda. Trata de comprender. De todas formas, no sería agradable soportarme. Me siento bastante ácido.

—Necesitas desahogar tus penas con alguien. Ahí va una sugerencia. ¿Sirvo yo?

—Gracias, vida. Ya veo que eres comprensiva. Pero temo que en esta ocasión no será como las anteriores. Te hablo en serio. De veras, Eva. Me encuentro en un apuro. Otro día nos...

Walter dejó de hablar al apreciar la expresión entristecida de Eva Sunning. En el fondo, se sintió cruel y egoísta.

—Como tú dispongas —contestó ella, forzosamente—. Estaré en casa. Llámame si...

—Un momento.

—¿Decías algo?

—Todavía no; pero voy a decirlo. Escúchame, pequeña. Ya sabes que me debo por entero a la FNE. Esto no constituye sorpresa para ti. Lo sabías cuando me conociste, cuando te declaré mi amor... y reconozco que has sido muy paciente conmigo. Te quiero mucho más por ello. Ahora se trata de algo verdaderamente importante. Son necesarios esos cohetes para una exploración espacial. Solo la FNE puede fabricarlos en las dimensiones, potencialidad y características adecuadas. Nos enfrentamos con el problema del tiempo, y esto hay que resolverlo llegando a un acuerdo entre nosotros. Dan Canfield no tardará en llamarme a su despacho...

—No te esfuerces, Walter. Todo aclarado.

—¿Enojada?

—¿Por qué debía estarlo? Soy la prometida de una persona notable... y muy atareada. Es un privilegio en la Tierra. Me doy cuenta de que los sentimientos personales...

—¡Eva!

—Perdona estos minutos que he robado a tu precioso tiempo. No volveré a molestarte. ¡Soy inmensamente feliz!

—Escucha —Walter aproximó el rostro a la telepantalla—. Mis sentimientos personales hacia ti están por encima de todo. ¡Oh, por favor! ¡No me crees más conflictos de los que tengo! Podremos salir a pasear, a cenar en cualquier restaurante de lujo o a gozar de un espectáculo, en otro momento. Hoy es *imposible*.

—¿Cuándo?

—Mañana... tal vez.

—Hace exactamente tres días que no nos vemos. En setenta y dos horas no has encontrado quince minutos seguidos para dedicarlos a nosotros. Sólo a nosotros, Walter. Creo que mi noviazgo no corresponde al imprescindible Walter Trimmer... sino que incluye también a toda la FNE en peso. ¿Con quién deberé casarme el día que

suenen las rancias campanas nupciales? Contesta.

Walter apretó los dientes. La actitud de Eva le soliviantaba... pero no por ello dejaba de admitir su razón. Tenía perfecto derecho a censurarle. El cargo de Asesor Técnico, como tantas veces había pensado, absorbía su personalidad totalmente, anulando hasta sus privilegios más íntimos. Sin embargo, el deber imponía duras condiciones.

—La cita queda cancelada —gruñó—. Es cuanto puedo decirte.

—Perfectamente. Adiós, Walter.

La telepantalla se apagó, demostrando que la comunicación había quedado cortada. Walter se mordió los labios, pesaroso. Quizá obró con cierta precipitación. Eva lo comprendería. ¡Tenía que comprenderlo!

Con un golpe rápido de índice bajó la clavija de conexión. Luego, recostado en el amplio sillón, descansó los pies sobre la mesa y suspiró:

—Cinco mil cohetes... ¡Maldita sea! He vuelto a enojarme con Eva por culpa de la FNE. ¡Esto es para facilitar las cosas!

CAPÍTULO II

SOLUCIÓN IMPREVISTA

Dan Canfield, tal como había imaginado, le llamó a su despacho poco después. Allí esperaba también Finegan, Playton y Tim Vogel. La reunión comenzó nada más comparecer Walter, y fue el propio Canfield quien tomó la palabra.

—El Departamento de Estado, División de Servicios Interplanetarios, nos pide un nuevo esfuerzo —dijo—. Creo que no voy a descubrirles nada sorprendente al rogarles presten la mayor atención y celo a esta petición. De nosotros depende que...

—Perdone, señor-atajó Walter, poniéndose en pie.

—¿Qué le ocurre, Trimmer? No me gustan las interrupciones.

—Supongo que eso les sucede a casi *todos* los hombres. Me sé de memoria lo que usted va a decir. En realidad, creo que nos lo sabemos todos. Presumo que existe suficiente confianza entre nosotros para abordar el tema sin retóricas, y no cabe duda de que una arenga, en las circunstancias que atravesamos, está fuera de lugar. Playton, Finegan, Vogel y yo poseemos el suficiente espíritu de trabajo para no necesitar espolonazos. No es estímulo lo que precisamos, sino tiempo. *Tiempo*, señor Canfield. ¿Ha solicitado mayor plazo al Departamento de Estado? Ésta es la cuestión.

—Habla usted con mucha rudeza, Trimmer.

—Disculpe. No es rudeza. Sólo sinceridad. ¿Espera servir un pedido de cinco mil cohetes contando sólo con doce días de plazo? Consulte a los demás, si no es capaz de responder por sí mismo a esta pregunta.

—¿Qué está tramando? Le encuentro raro.

—Hace media hora escasa hablé con mi prometida para cancelar una cita... la primera en tres días de ausencia total. Discutimos.

—Sus asuntos personales...

—Ya lo sé. Son *personales*. Siento los sollozos de Eva sobre la conciencia y sus lágrimas me mojan el alma. Si usted espera solucionar este asunto con palabras, es mejor que me autorice a abandonar la reunión. Por lo menos, acudiré a calmarla.

—Walter tiene razón —intervino Finegan—. A medianoche, acalorados y roncós, seguiremos discutiendo sin haber salido del punto de partida. En doce días no pueden construirse cinco mil cohetes. Yo voto a favor del Asesor Técnico.

—Una mi voto al de Finegan —sonrió el rubio Playton—. Consiga una prórroga del Departamento de Estado. Lo demás, es ganas de

gastar saliva en vano...

Dan Canfield, como de costumbre, empezó a vociferar clamando contra la manifiesta obstrucción de sus colaboradores. Éste era un hecho probado que se repetía con rutinaria monotonía en las asambleas de su despacho directorial. Pero Canfield, pese a su apariencia agresiva y obstinada, acababa siempre vencido ante los crudos razonamientos de los cuatro especialistas de la FNE.

La reunión se prolongó una hora más y, también como de costumbre, acabó disuelta sin avanzar un palmo de terreno en la ruta de una solución eficaz. El tiempo era la clave. Solo logrando un mayor plazo podría alcanzarse la cifra de *piezas* demandada por el Gobierno. Así se cerró la sesión.

—Te llevo en el turbo-coche —ofreció Playton mientras se deslizaban arrastrados por la escalera rodante en descenso hacia la planta del edificio—. ¿Vas a casa? Me pillas de camino, Walter.

—Voy a casa —sonrió él—. A la de Eva —agregó—. Ya que no hemos sacado nada en claro, intentaré, por lo menos, evitar el naufragio de dos corazones.

—Eres un hombre afortunado. ¿Te he dicho alguna vez que rabio de envidia al ver a Eva Sunning colgada de tu brazo?

—Varias. Ahora se te presenta una ocasión, porque si se lo dices a ella es posible que corra a buscar refugio en tu pecho.

—Te quiere demasiado. ¡Y no sabes la suerte que tienes, bribón!

—A juzgar por su expresión de antes, no me extrañaría que todo su amor se transformase en odio. Es capaz de casarse con un hombre-araña de Júpiter para vengarse de los malos ratos que le he hecho pasar. Bueno —añadió—, la verdad es que la tengo algo abandonada.

—No te la mereces. ¿Por qué se habrá enamorado de un tipo como tú?

—Ya se lo preguntaré. Prometo transmitirte su respuesta.

—Hemos llegado —señaló Playton, saltando de la escalera móvil al suelo—. El ofrecimiento del turbo-coche sigue en pie.

—Lo acepto.

—Magnífico. Así tendremos ocasión de hablar un poco sobre el proyectil biseccional de mi diseño. Se me ha ocurrido que debería cambiar la estructura interna de protoníquel por...

—¡Alto! —cortó Walter posando una mano sobre los labios del espacio-ingeniero—. ¡Ni media palabra en plan profesional! He terminado la tarea por hoy y deseo olvidarme de una cosa nefasta llamada Asesor Técnico. ¡Hasta mañana no quiero saber nada relacionado con la FNE! ¡Esta noche voy a dedicarla *exclusivamente* a la criatura de mis desvelos!

Si Walter Trimmer hubiese sabido lo inexacta que resultaba la palabra *exclusivamente* tal vez no se habría atrevido a pronunciarla.

Pero él, desde luego, ignoraba tal cosa.

El propósito de desquitarse con Eva de todas las preocupaciones que le aquejaban se convirtió en irrevocable. Y aquella noche —la primera libre después de bastante tiempo— la ofreció por entero a la preciosa mujer que no sólo le adoraba, sino que hasta poseía la suficiente fuerza de voluntad para soportar las continuas decepciones ajenas a su cargo.

Faltaban pocos minutos para las diez cuando ocuparon una mesa apartada en el famoso *Conservator*, un club nocturno de tipo tradicionalista, muy en boga en la ciudad y al que solía acudir lo más selecto socialmente.

El *Conservator* se había hecho popular desde el mismo día de su inauguración, porque representaba algo así como una vuelta al remotísimo pasado, a los *tiempos heroicos* que ninguno de los terrestres presentes llegó a conocer. Una *antigualla* que despertaba excitante curiosidad.

Las mesas eran pequeñas, de *madera*, adornadas por minúsculas pantallitas en las que lucían *auténticas* bombillas de luz eléctrica y con flores *naturales* que esparcían un aroma exótico. ¡Un aroma embriagador y *desconocido* para la comunidad terrestre que habitaba las colosales urbes subterráneas del Planeta!

Todo allí era viejo. Sencillamente *arcaico*. Empezando por la cocina —de alimentos *masticables*— y terminando por el ambiente, lleno de atrayentes incomodidades, que dulcificaban una orquesta cuyos músicos electrónicos empuñaban instrumentos vítreos copiados de los que se conservaban, en fase de pulverización, en los Museos Históricos.

Equivalía a vivir unas horas después de un retroceso en el tiempo que abarcaba *varios* siglos. Lo mismo que trasladarse, por arte de magia escénica, al siglo pretérito que asistió a los balbuceos de las armas nucleares, los imperfectos proyectiles intercontinentales y los ridículos satélites artificiales que giraban torpemente en derredor de la Tierra.

Después de cenar, saturados de perfume de rosas, música suave y rumor de conversaciones apagadas, Walter Trimmer contempló el adorable perfil de Eva, cuyos ojos chispeantes no se cansaban de recorrer las paredes de *estuco*, los cortinajes de *raso* y el macizo mobiliario compuesto por *sillas*, *mesas* y viejos *sofás* de frágil tapizado plástico.

—¿Feliz? —murmuró, alargando la mano para acariciar las de ella.

—Sí, Walter. ¡Esto es maravilloso!

—Es antiguo. Viejo y primitivo. Te gusta porque representa una novedad. Pero no podrías vivir sin los adelantos actuales. El pasado

me recuerda los fósiles. Nuestro presente es palpitante carne viva.

—No digas eso. También en *aquel tiempo* debió ser deliciosa una velada así.

—Supongo que lo sería... para dos enamorados.

—Has tenido una encantadora idea. Casi... casi me atrevo a decir que se ha pasado mi enfado.

—Es todo lo que pretendo, cariño. ¿Te das cuenta? Siempre que está en mi mano procuro satisfacer tus caprichos. Asistí a la reunión de Canfield y llegué a tiempo para impedir que me aborrecieses. Sí. También yo me siento feliz. ¿Quieres bailar?

—Bailemos. ¡Qué música tan sugestiva!

—Son instrumentos de cuerda. Unos objetos primitivos llamados violines o algo así. Lo del fondo es un piano. Y aquello que frotan con las uñas se conoce por guiturra o guitarra. No estoy muy seguro.

—No importa. Dan música para bailar y... ¡hace tanto tiempo que no te tengo junto a mí, querido Asesor Técnico!

—Conozco a una persona para quien esas palabras le sentarían igual que una indigestión. Playton aspira a suplantarme en la primera oportunidad...

—No hay punto de comparación entre vosotros dos.

—¿De veras no te gustaría cambiar?

—Soy muy dichosa con mi pareja.

—¿Aunque a veces regañemos?

—La culpa no es toda nuestra.

—Quizá. La FNE se interpone entre nosotros. Creo que...

—Olvida la fábrica por esta noche, Walter. Gozárnosla plenamente, igual que hicieron nuestros antepasados para quienes los *robots*, los cohetes de exploración espacial y la División de Servicios Interplanetarios eran sólo utopías imaginarias.

—Tienes razón —Walter la enlazó por la cintura cariñosamente—. ¡Olvidado!

Fue una noche repleta de gratos recuerdos para los dos. ¡Libres y dueños de sus actos, sin que nada viniese a turbar el encanto casi sentimental del *retroceso* al pasado! Hasta encontraron seductores los acordes sintéticos de aquellas canciones olvidadas, que hicieron suspirar de ilusión a los tataranietos de algún trasnochador antepasado de Eva Sunning y Walter Trimmer.

Por su gusto, no habrían deseado que acabase nunca. Pero acabó. Y a partir de entonces, en lo tocante a Walter, empezaron a sucederse las sorpresas.

La primera de ellas llegó al poco de tenderse a descansar. La copiosa cena, los licores, el baile y la turbadora presencia de Eva, le tenían sumido en una especie de voluptuoso encantamiento. Cuando la llevó a su domicilio, despidiéndola con un beso capaz de borrar

hasta el último vestigio del resentimiento que todavía pudiese existir entre los dos, no se hubiese cambiado por ningún otro mortal del privilegiado planeta Tierra.

Se sentía borracho de felicidad y tan apartado de los problemas inherentes a la mesa de su despacho en la FNE como si fuese un ajeno a la gigantesca instalación constructora.

Tendido en el lecho de grácil vaivén suspensorial, con las manos unidas por detrás de la nuca, respiró gozosamente. El sueño, poco a poco, iba ganándole, sin borrar la sensación placentera.

Mas los problemas continuaban. Estaban allí. Bullendo en torno, aunque él fuese incapaz de advertirlo. El Departamento de Estado cursó el pedido de los cinco mil cohetes y el significado autoritario de la petición danzaba en derredor lo mismo que un espectro silencioso y atormentador.

Casi dio un brinco sobresaltado al vibrar el *sonorizador* del aparato de telecomunicación acoplado a la izquierda del lecho. El ruido deshizo el encanto y transportó a la desnuda realidad al hombre que, soñando despierto, pensaba en la mujer para quien también resultaba imposible dormir.

De mala gana, gruñendo por lo bajo, accionó la clavija. El rostro carnoso de Dan Canfield apareció en la pantalla, sonriente. Walter correspondió a la sonrisa con una mueca de fastidio.

—¡Al fin puedo localizarle, Trimmer! ¿Dónde estuvo metido todas estas horas?

—En un agujero cuyo fondo se encuentra a varios siglos de distancia.

—¿Cómo?.. No comprendo.

—Fui a cenar al *Conservator*, debidamente acompañado por una hermosa mujer. Creo que he hecho mal regresando tan pronto a casa.

—Son las tres de la mañana... aunque usted no parece advertirlo. Tendrá la cabeza embotada cuando aparezca por la fábrica y poquísimos deseos de aplicarse a la tarea de...

—Respetado y estimadísimo señor Canfield. Usted ha opinado siempre que mis asuntos personales son *personales*. ¿He de darle cuenta de mi vida privada?

—Yo también tengo vida privada... y sin embargo la sacrifico a menudo para atender a la obligación. Le recuerdo que el Departamento de Estado *necesita* cinco mil cohetes dentro de doce días...

—Gracias. Le felicito por su envidiable memoria.

—Es la sexta vez que llamo a su piso esta noche. Tengo una excelente noticia que comunicarle. Algo que puede sacarnos de apuros. ¡La solución!

—Ya sé —contestó Walter rascándose detrás de la oreja—. La

División de Servicios Interplanetarios *no* necesita los cohetes.

—¡Oh, no sea bromista! Me puse al habla con el general Bronson e insistió en la urgencia. Es otra cosa.

—Más plazo.

—No.

—Esperaba que usted consiguiese la prórroga. Votamos por ella en la asamblea.

—Bueno... No se ha comprometido a otorgarla de forma oficial. Pero Bronson ha indicado que el período de doce días no deja de ser una fórmula circunstancial. Nada ocurrirá aunque sirvamos las piezas dentro de quince o dieciséis días. Esto nos permite un margen de tres o cuatro sobre lo señalado.

—¡Qué generosos! Nos encontramos igual que antes, señor Canfield. A pesar de sus pronósticos, *ocurrirá* algo, puesto que hay que fabricar, montar, probar y servir en perfecto estado de funcionamiento cinco millares de cohetes espaciales...

—Tendré que decirle la verdad. Usted es incapaz de adivinarla.

—Sí. Hágalo. Me muero de sueño.

—Esto le desvelará.

—Oigámoslo.

—¿Conoce la Compañía Importadora del Espacio?

—Sólo por referencias. ¿Es ésa la solución?

—Déjeme seguir. Después de hablar con el general Bronson me sentí algo más tranquilo. No del todo, lo confieso. Pero siempre alivia saber que las verdaderas presiones comenzarán a partir del decimoquinto o decimosexto día. Entonces, muy oportunamente por cierto, me anunciaron la visita de un tal señor Williams Take.

—¿Un mago disfrazado de ser humano?

—La francachela del *Conservator* le ha dejado muy irónico, Trimmer. No; no es ningún mago. Se trata del gerente de ventas de la *Compañía Importadora del Espacio*. Acudió en persona a mi casa para hacerme objeto de una oferta tentadora. La más interesante de cuantas podían someter a mi aprobación dadas las circunstancias que atravesamos.

Walter cruzó una pierna sobre la otra, enarcó las cejas y miró a Dan Canfield con expresión escéptica.

—Usted no ignora que esta Compañía importa materiales, objetos y utensilios manufacturados en otros mundos del espacio.

—Desde luego —sonrió Walter—. Lo dice claramente su título. Además, recuerdo el *slogan* publicitario que los ha hecho famosos: “Díganos lo que precisa y se lo serviremos... aunque sea preciso importarlo de otro planeta.”

—¡Exacto! Me ofreció la solución. ¡Un artículo servomecánico concebido y fabricado en Urano! ¡Lo que necesitamos, Trimmer!

—Bien. Hasta aquí, la noticia promete bastante.

—De todos es conocida la fama que gozan algunos productos extraterrestres. ¿Algún ejemplo? El café de Venus supera en mucho al de nuestras más ricas plantaciones y cuesta la tercera parte. Los minerales marcianos ferrograníticos y las piedras preciosas selenitas no admiten comparación con las extracciones de nuestros exhaustos yacimientos. La precisión en los instrumentos navegatorios que nos llegan de Júpiter...

—Me ha convencido —atajó Walter—. Y a las tres de la mañana no es momento oportuno para enumerar la larga lista de importaciones espaciales que sirven de comercio a la Tierra con los restantes mundos de la Confederación Interplanetaria.

—Solo pretendía ofrecerle algunos precedentes. Decía que...

—Que el tal Williams Take le mostró un catálogo de salvadoras maravillas.

—Algo así. Un servomecanismo procedente de Umbriel, el corazón industrial del sector uraniano¹. Se trata de un autómatas tan perfectamente construido que apenas existe diferencia aparente entre él y los seres de carne y hueso. Además, la celeridad y la exactitud laboral son sus cualidades descolantes. ¿Qué le parece? ¡Celeridad y exactitud!

Walter se levantó del lecho y acercó la cara a la telepantalla.

—No lo entiendo del todo bien... quizá porque estoy algo cansado. Pero continúe. Me interesa.

—Lo sabía. ¡Estaba seguro de ello! El señor Take ha puesto a mi disposición la primera media docena recibida directamente de Umbriel y consiente en ofrecerme una demostración preventiva mañana... ¡en mi despacho! ¿No cree que ese tipo de autómatas, unido a los nuestros telecontrolados, significaría un gran adelanto en el ritmo de la productividad?

—Le contestaré mañana. Prosiga, por favor.

—Ha sido un hallazgo, porque tengo fe en la *Compañía Importadora del Espacio*. Es una empresa solvente, que sólo distribuye artículos acreditados y cuyo prestigio aumenta de día en día. Mientras esperaba que usted regresase a casa, he reunido datos y consultado a varias fuentes de información. Todos coinciden en recomendarla. No nos lo ofrecerían si tuviesen dudas respecto al resultado. Son los primeros *humanorrobots* que llegan a la Tierra y desean acreditarlos en una fábrica nacional. ¿Qué mejor propaganda para la Compañía?

—¿Ha dicho *humanorrobot*?

—Así se llaman. Según Williams Take el material de que están contruidos y la finura de líneas los hacen confundirse con las personas. Bueno... Quizá se deje arrastrar por su peculiar psicología de gerente de ventas. Mañana saldremos de dudas.

El resto de la noche —es decir, lo poco de madrugada que quedaba hasta el amanecer— Walter Trimmer se esforzó en conciliar el sueño... sin resultado. ¿Cómo es posible dormir cuando una noticia de este género, disparada a bocajarro, viene a llegar de entusiástica impaciencia la mente?

No. Walter Trimmer no logró dormir. Un huracán de pensamientos le atormentaba. Cinco mil cohetes, la *Compañía Importadora del Espacio*, unos superautómatas fabricados en Umbriel y pomposamente bautizados con el nombre de *humanorrobot*... ¿Dormir? ¡Un cuerno! ¡Lo que ansiaba era verse, cuanto antes, frente a la mesa de la Asesoría Técnica que ostentaba en la FNE!

CAPÍTULO III

EL PERFECTO ROBOT

El menudo y cetrino Williams Take se personó, puntualmente, a las nueve de la mañana, hora en que fue acordada la entrevista con Dan Canfield para la demostración práctica del invento uraniano.

No llegó solo. Le acompañaba un hombre robusto, musculoso y ágil, que parecía la antítesis de su anémica persona.

Aquel hombre fue presentado como Tommy, el *robomontador* especializado de la Compañía, de cuyas grandes manos resaltaban pendientes los dos voluminosos estuches de plastometal.

La *plana mayor* de la FNE esperaba, sin ocultar la curiosidad, en el despacho directorial. Los estuches llamaron enseguida la atención de Vogel y Republic, los expertos en Robótica, y, nada más concluidas las someras presentaciones de circunstancias, el primero de ellos indagó sobre su contenido.

—Las piezas desmontadas del *humanorrobot* —explicó Take—. Tommy se encargará de acoplarlas y ajustar las secciones. Es un trabajo tan sencillo que podría realizarlo un niño a la tercera vez de presenciar las operaciones. ¡Estos uranianos son asombrosos por la perfección y simplicidad de sus máquinas! ¡No tienen rival en el Universo!

—Creí que el autómatas sería *encajado* en su lugar de origen —comentó Republic.

—No —replicó el gerente de ventas—. La labor de montaje es, como digo, facilísima. No ofrece dificultad. Nuestros técnicos se ocupan de ello, porque el transporte a piezas resulta más cómodo en las astronaves de carga y permite disponer de mayor espacio para otras importaciones. No olviden ustedes que Urano se encuentra muy lejos y que cada viaje conviene realizarlo al máximo de dotación. Además, los *humanorrobots* son de un tamaño equivalente a la estatura media en el hombre. Partidos en secciones, abultan menos y sufren el mínimo desperfecto en la travesía. Observen qué inteligentemente ha sido *dividido* en sus partes esenciales.

Mientras hablaba, Tommy había tenido tiempo de abrir los cierres de seguridad y comenzar a extraer el contenido de los estuches. Lo primero que sacó a la luz fue la cabeza del servomecanismo.

Los seis hombres se sorprendieron y dejaron escapar admirativos murmullos, que Take celebró con aprobadores movimientos afirmativos. Realmente, no era para menos, porque la configuración craneana, el rostro, los ojos, cejas, labios y cabello representaban otras

tantas obras maestras de la perfección.

Casi les produjo horror, ya que se estremecieron igual que ante el mundo despojo de un decapitado.

—Es lo más colosal que he visto en mi vida —musitó Playton—. Cualquiera diría que...

—Un producto de Umbriel que mi Compañía distribuirá con orgullo —sonrió Take—. No vayan a pensar mal. Se encuentran *efectivamente* ante una máquina. Una imitación humana sin precedentes. Examinen el cabello, el pelo de las cejas, las pestañas... Por favor, señor Canfield, pase la mano por su *piel*.

—¡Parece tejido orgánico! —confesó el director de la FNE—. ¡Qué prodigio!

—¿Cuál es el material empleado para revestir la estructura mecánica? —preguntó Walter Trimmer, tomando la palabra por primera vez.

—Algo desconocido en la Tierra —contestó Williams Take—. El nombre científico que se le da en Urano es *plastosilicón* fibroidal. Ignoro el proceso de obtención; pero no cabe duda de que los resultados son magníficos. Cualquiera diría que es posible *despellejar* a ese autómatas igual que antiguamente se hacía con los esclavos díscolos. La cabeza es un portento en todos sentidos. Está dotada de un cerebro positrónico de *alta sensibilidad*. Casi me atrevería a decir que es capaz de razonar por sí mismo.

—¿Una máquina que piensa? —ironizó Vogel—. Increíble... aunque haya sido fabricada en Umbriel. ¿Para qué sirven entonces los controles?

Williams Take le dirigió una mirada paciente.

—Los *humanorrobots* carecen de controles —dijo—. No actúan por sujeción a mandos teledireccionales. Reciben directamente las órdenes por un sistema de grabación dinámica y la simple palabra basta para accionar los resortes precisos. El cerebro positrónico va provisto de células autodireccionales.

—Pero...

—Descuiden. Los fabricantes han pensado en la estúpida fragilidad humana y operan bajo condición de obediencia absoluta por conciencia del bien. Les proveeré de un código de señales a las que responden sin vacilar. Son palabras de nuestro idioma que activan *dinamismo robótico*. Entonces, accionados sónicamente, operan a voluntad. Casi podría decirse que por reflejos, como en el sistema nervioso humano. Ahora bien, no lograrían de ellos que ejecutasen acciones indignas. Existe lo que los uranianos llaman *selectividad moral*. Son tan inofensivos, o más, que nuestros propios *robots* gobernados a control.

—El autómatas perfecto —bisbiseó Vogel.

—Dígallo. Es la verdad.

—O sea... —apuntó Dan Canfield—. Que si yo le ordenase atacar a cualquiera de nosotros...

—Todo cuanto significa daño ajeno va en contra de su *selectividad moral* —se anticipó Take—. El autómatas permanecería inmóvil, sordo a la orden. Era necesario tener en cuenta tal eventualidad, ya que un producto de libre adquisición puede caer en manos de desaprensivos. No existe peligro. Las células autodireccionales, quizá la parte más delicada de toda la máquina, actúan, como les dije, mediante grabación sonora. La vibración fonética de las palabras clave que constituyen el código, son las únicas que obedecerán. Palabras, naturalmente, de uso común, factibles de empleo hasta por elementos infantiles. Miren —agregó refiriéndose a Tommy—. Ya está montada la parte superior del cuerpo.

Se volvieron para mirar al operario, quien, efectivamente, acababa de ajustar la extraordinaria cabeza a la parte alta de hombros y torso.

Otra vez tuvieron ocasión de asombrarse, porque la apariencia muscular había sido conseguida tan exactamente que hasta parecía destacar, latente, cada haz, cada manojito orgánico y cada protuberancia ósea.

—El interior de la estructura es un esqueleto fraccional humano —añadió Take—. Se ha procurado, en todo momento, construirlo a imagen y semejanza de los hombres, ya que se trata de un artículo especialmente destinado a la Tierra. Con ello se intenta conseguir una mayor popularidad y difusión. Basta de autómatas con aspecto de cubos panzudos y toscas extremidades. Éste es un modelo *esculturalmente* bello. De lo único que carece es de columna vertebral... tal como nosotros la poseemos, ya que representa una imperfección en el organismo que les impide doblarse a voluntad y girar en cualquier dirección. El *humanorrobot* dispone de partes móviles que trabajan por rodamientos antifricción, eternos. Esperen a verlo terminado. Les aseguro que su figura adquiere la armonía de una escultura griega. Podría servir de modelo para uno de los viejos pintores de nuestro Mundo. El único capaz de posar horas y horas sin quejarse por la incómoda posición.

Walter Trimmer se había acercado a Tommy, y contemplaba con mirada fascinada su labor de montaje. También Republic, que por su condición de técnico de reparaciones sentía particular inclinación por el nuevo servomecanismo, se colocó junto al *robomontador*, ofreciéndole su ayuda. Sin embargo, ésta no era necesaria. Tommy colocaba ya las piezas en su adecuado lugar.

Los muslos, las rodillas y las pantorrillas poseían un acabado concluyente, hasta tal punto que más de uno, en la semioscuridad del

crepúsculo, los habría tomado por miembros *de verdad*. Algo fantástico... y alucinante. Impropio de una simple concepción fabril y mecánica. Dotado de pasmoso *realismo*.

Al quedar montado, en perfecto estado de funcionamiento, su aspecto recordaba al de un hombre más bronceado que lo común, de un metro sesenta y cinco centímetros de estatura, pelo liso, ojos negros y boca curvada en suave sonrisa complaciente. Y no obstante... ¡se trataba de un autómeta! ¡Una máquina subdividida en piezas, sin sangre, médula, ni aparato pulmonar, estomacal y sistema neuro-nervioso!

—¿Qué opinan? —quiso saber Williams Take.

—Me intimida un poco —contestó Finegan, acaso resumiendo el pensamiento afín en todos—. Casi le creo *un semejante mío*.

—¡Oh, no sean impresionables! —rió el gerente de la *Compañía Importadora del Espacio*—. Es un muñeco. Una escultura asombrosa puesta al servicio del Hombre, pero *robot* al fin. Hazlo funcionar, Tommy. Que lo vean estos caballeros.

Tommy asintió. Con gesto fácil, indiferente y rutinizado por la larga práctica, se limitó a presionar una porción de su espalda, el lugar que habitualmente corresponde a la terminación del armazón costillar. El *prodigio* se realizó entonces. ¡Lo único que faltaba para que la sensación total de *vida* fuese indiscutible!

Sus ojos se iluminaron, adquiriendo brillo y profundidad óptica. Un zumbido interior, más ultrasónico que audible, pareció escapar de la máquina... al tiempo que le otorgaba a su pecho la sensación cierta de *latido*, igual que si un corazón artificial palpitase dentro de él. Giró sobre los pies, pausado y majestuoso, *mirando* sumisamente a los reunidos.

—Que se vista —ordenó Take.

El montador extrajo un holgado *mono* azul-verdoso del estuche y lo puso en las abiertas manos del autómeta. Luego, siempre indiferente, tomó un breve folleto y lo alargó al estupefacto Dan Canfield.

—Es el código de señales por el que se rigen. En el apéndice final encontrarán las explicaciones técnicas que servirán a su experto en Robótica para efectuar los ligeros ajustes necesarios al objeto de acelerar, parar o mantener por un número determinado de horas su productividad —se volvió hacia el *humanorrobot* y exigió, elevando el tono de voz—: ¡Cubrir cuerpo!

En la cara del servomecanismo se produjo algo así como un brevísimo parpadeo. Walter Trimmer, que lo escrutaba con absorbente atención, temblando de excitante curiosidad, pensó en lo que Williams Take dijera sobre la impresión fonética en sus delicadísimas células autodireccionales.

Las manos desplegaron con facilidad el *mono* de trabajo. Sin vacilaciones, seguro de sus actos y equilibrado en cada movimiento, introdujo una pierna por el camal, mientras se sostenía, erguido, *con un solo pie*.

—Es... estoy admirado —rezongó Canfield—. Le auguro grandes éxitos a su Compañía, señor Take. ¡Qué obra tan superlativa han importado ustedes de Umbriel!

—¿No se lo dije? Miren. Va a cerrar los broches.

Todas las pupilas se hallaban pendientes de la servomáquina. ¡Subyugados por el magnetismo que irradiaba! Nada más introducir las piernas, hizo lo mismo con los brazos y luego, sin el menor tropiezo, deslizó los broches laterales del *mono*, cerrándolo y dejándolo ceñido a su cuerpo de glorioso atleta.

—Continúa, Tommy.

El *robomontador* se encogió de hombros. Para él, seguramente, la móvil mecanodemostración no encerraba ningún motivo de extrañeza. Playton y Finegan cruzaron rápidas miradas con Walter Trimmer, quien se limitó a sonreír con aire perplejo. Tim Vogel se dejó caer en el asiento más próximo y suspiró. Republic y Dan Canfield asistían al suceso petrificados.

—¡Guardar dentro caja! —ordenó Tommy.

Se refería, naturalmente, a las pocas herramientas que había necesitado para realizar el montaje. El vocabulario capaz de producir vibraciones grabatorias en el cerebro positrónico del autómatas debía ser de una simplicidad casi infantil, pensó Walter. Muchas palabras agruparían, genéricamente, multitud de designaciones específicas.

Por ejemplo, *caja*. Tommy la pronunció relacionándola con los estuches. No dejaba de ser interesante, y hasta resultaba altamente atractivo, llegar a dominar el formulario del código.

El *humanorrobot* se hizo cargo de ellas, las agrupó y cerró los estuches, conservando cada uno de ellos pendientes de las manos. La cara morena seguía esperando instrucciones y sólo los ojos, centelleantes de rara vitalidad interior, advertían que se trataba de una máquina en pleno funcionamiento.

—Esto es demasiado fácil para él, señor Take —manifestó Tommy—. Dada la índole de la fábrica, lo que estos caballeros desearán es una demostración más en consonancia con el futuro trabajo a que será destinado. ¿Me equivoco?

—No, no... —contestó Canfield—. Está en lo cierto.

—Adelante —autorizó Take—. Yo quiero complacerles.

—¿Tiene alguno de ustedes un objeto desmontable? —preguntó el operario—. Eso sí que vale la pena. Algo complicado, no importa de qué se trate.

Los hombres se miraron entre sí. Playton, un tanto ruborizado

ante lo que se proponía, sugirió:

—Bueno... Yo tengo un termo-medidor electrónico. Pero quizá sea demasiado difícil para...

Tommy se echó a reír y palmeó —esto fue literalmente lo que hizo— la espalda del *humanorrobot*. Atendiendo al mandato, depositó los estuches en el suelo y aguardó, siempre obsequioso, las inmediatas órdenes.

—¿Ha dicho difícil? ¡Venga ese termo-medidor! ¡Ahora verán lo que es bueno! Este muñequito articulado fue creado, precisamente, para realizar tareas superiores al nivel productor de cualquier otro *robot* terrestre. Yo no hablo tan bien como mi jefe, el señor Take. Pero he tenido ocasión de familiarizarme con su manejo desde que los trajeron de Umbriel. Lo puede hacer todo y además... lo hace *sin tacha*.

—¿Qué se propone? —inquirió Walter, interesado.

—Va a desmontar, pieza por pieza, el termo-medidor. ¡Y volverá a montarlo, sin que le sobre ni una microcuerdecilla!

—¿Está seguro de ello? —aventuró Tim Vogel.

—Completamente. ¿No es así, señor Take?

—Me llevaría una gran desilusión si fracasase —afirmó Williams Take, ufano.

—Tengo mis dudas —insistió Vogel.

—Y yo —añadió, frunciendo el ceño, Republic.

—No sean incrédulos, amigos.

—Está hablando con los técnicos en Robótica de la FNE —puntualizó Dan Canfield—. Su incredulidad, en este caso, parece justificada.

—¿Por qué? ¿Acaso por el aspecto apacible del *humanorrobot*? —Tommy, volviendo a la indiferente expresión congénita del rostro, dio un manotazo al aire, rechazando cualquier prevención—. Lo hará. Sin sufrir equivocaciones, en un tiempo como nunca han soñado que pueda invertir un autómatas... ¡y sin que tengan para nada que accionar controles! ¡Él se gobierna a sí mismo!

—Pero... —Canfield se rascó la frente—. ¡Eso sería un hallazgo incomparable para la mecano-industria terrestre!

—Es un hallazgo —rectificó Tommy, subrayando la primera palabra—. ¿Admiten una apuesta?

—Tommy... —murmuró Williams Take—. Te gusta demasiado el juego. Perdónenlo, señores. Está enamorado de los autómatas. Comprenderán su estado cuando les aqueje la misma clase de chifladura que ahora padece él. Ustedes, los técnicos en Robótica, serán los primeros en sentirse atraídos por la maquinaria. Se los pronostico.

Walter Trimmer guardaba silencio, preocupado por sus íntimas

reflexiones. Si cuanto decían sobre los autómatas era cierto y no producto de una mal entendida propaganda, la apremiante situación creada por la División de Servicios Interplanetarios podía considerarse resuelta.

Aún seguía siendo un problema la cifra de cinco mil cohetes espaciales, desde luego. Pero la adquisición de unos cuantos auxiliares como aquél coadyuvaría a facilitar la solución. Playton llegó entonces, regresando del taller, y la expectación se cifró sobre su persona.

Había corrido y todavía respiraba con agitación. En la mano derecha sostenía el termo-medidor electrónico, un aparatito cuyo tamaño podía ser comparado al de una esfera de tres centímetros de diámetro. En su interior encerraba todo un complejo conjunto de conexiones, voltorresistencias, vibroplatinos y oscilógrafos de revolución infinitesimal.

Cualquiera de sus componentes debía ser tratado cuidadosamente y el montaje requería práctica, grandes conocimientos de electrónica y, sobre todo, dedos habilísimos. ¿Cómo podía admitirse que una máquina acertase a conocer el secreto del despiece?

—Haga la demostración —recordó, jadeante, el espacio-ingeniero.

—Sí. La estamos esperando —ironizó Vogel.

—Con mucho gusto —contestó Tommy, poniendo el instrumento en la palma derecha del *humanorrobot*—. Lástima que no acepten apuestas.

Llevándole por un hombro, lo aproximó a la mesa perteneciente a Dan Canfield. Luego, sin más preámbulos, gritó:

—¡Atención, *rob*! Separar cosa... ¡por partes! ¡Aprisa!

Walter, con el rabillo del ojo, observó a Williams Take que tomaba asiento tranquilamente, animada la faz por una sonrisa triunfante. El resultado no parecía inquietarle. Velozmente, olvidándose de él, dirigió la vista al autómata cuyas manos morenas, moviéndose con diestra rapidez, acababan de hallar la *junta* superior de apertura.

—¡Oh! —exclamó Playton—. ¿Has visto eso, Finegan?

—No pierde el tiempo. ¡La encontró!

—Contrólenlo con sus autorrelojes —dijo Tommy—. Quizá no tarde más de diez minutos en dejar todas las piezas desparramadas sobre la mesa.

Walter se aproximó un poco y, siguiendo su ejemplo, Canfield, Finegan, Playton, Vogel y Republic le imitaron. Los únicos a quienes no picaba la curiosidad eran al montador y al sonriente Williams Take.

Exactamente —con exactitud cronométrica— la operación de desmontar el termo-medidor le ocupó ocho minutos, catorce segundos y dos décimas. Ni una fracción menos... ¡ni una más!

Al término del tiempo —¡irrisoriamente corto!— las cien y pico

micropartes de que constaba el instrumento brillaban metálicamente sobre el tablero de la mesa y seis hombres acostumbrados a vérselas cotidianamente con un ejército de *robots* teledirigidos, se encontraban tan perplejos como si, de pronto, alguien acabase de demostrarles que un cadáver recién enterrado pedía a gritos su desayuno matinal.

—¡Increíble! —musitó Dan Canfield—. ¡Estoy sudando!

—¡Uf! ¡Qué fenómeno! —gruñó Tim Vogel.

—Sí —rió Williams Take sin abandonar el asiento—. Los productos de Umbriel siempre han causado sensación. Lamento... lamento de veras que el *humanorrobot* aún se encuentre un poco torpe. Mejorará con el uso.

—¡Qué torpe... ni qué narices! —tartajeó Republic—. ¡No puede pedirse más!

—Claro que *puede* pedirse más —discrepó el hombrecillo—. ¿Verdad, Tommy? Cálmense, por favor. La exhibición aún no ha terminado.

—¡Atención, *rob*! —gritó Tommy—. Unir cosa... ¡por partes! ¡Aprisa!

Unas manos que parecían proyectiles por la rapidez con que se movían comenzaron a recopilar los sectores básicos que formaban el núcleo térmico del medidor. Walter Trimmer, que trataba de seguirlas con la vista, se sintió turbado. ¿Lo veía realmente... o todo era producto de un sueño?

¿Qué pensarían en el Departamento de Estado cuando el director de la FNE les diese la noticia? ¿Cómo revolucionaría el plan laboral de trabajo en todas las industrias de la Tierra la inclusión entre sus plantillas de los servomecanismos uranianos? ¡Sería igual que iniciar una nueva era del progreso!

El utensilio electrónico de medición quedó recompuesto en 18 minutos y unas cuantas decenas de segundos. Williams Take volvió a excusarse por la tardanza y hasta se mostró absurdamente ruborizado. ¡El muy soberbio! Walter, acaso dejándose ganar por el electrizante frenesí que dimanaba del *robot*, estuvo tentado de gritarle una barbaridad en pleno rostro. ¿Es que podía exigirse todavía más?

Se contuvo, y ello le libró de ulteriores arrepentimientos. Tommy probó el medidor... ¡que funcionaba a las mil maravillas, como si nunca hubiese sido desmontado! ¡Un ajuste perfecto y fulminante! ¡Lo nunca visto!

—Deseo, sobre todas las cosas, dejarle satisfecho, señor Canfield —remachó Take—. ¿Debo suponer que lo he conseguido?

—Le... le aseguro que reboso satisfacción. ¡Es justo la clase de *mecano-operario* que andaba buscando!

—Repetiremos la demostración. Adelante, Tommy. Quiero que lo haga un poco más aprisa.

Walter Trimmer tenía la frente brillantada por la transpiración. Jamás en todo el ejercicio de Asesor Técnico presencié nada semejante. Aquello rozaba los límites de lo inaudito e irracional. Resultaba sencillamente enloquecedor.

Antes de que nadie lograra articular palabras para oponerse, los gritos cáusticos de Tommy volvieron a la actividad al *humanorrobot*. ¿Humano? ¿Por qué se atrevían, siquiera, a incluir la palabra humanidad en tan inconmensurable creación mecánica? Ningún hombre sería capaz de imitarle... ¡ni emular su exactitud y velocidad!

El *récord* anterior quedó batido. Siete minutos, treinta segundos tardó en desmontar nuevamente el enrevesado rompecabezas de conexiones insólidas, resistencias, vibroplatinoides y oscilógrafos.

—Más difícil todavía —prometió Tommy, revolviendo con la mano las piezas que sembraban la mesa—. Esto le obligará a poner en juego su *selectividad*. ¡Atención, *rob*! ¡Unir cosa... por partes! ¡Aprisa doble!

Nadie se extrañó ahora cuando las vertiginosas manos empezaron a *picotear* sobre el revoltijo disperso. Walter, sintiendo que un trémulo incontenible hacía entrechocar sus rodillas, percibió el curioso zumbido.

Los ojos estaban iluminados con intensidad cegadora. El *plastosilicón* fibroidal que recubría sus mejillas se estremecía, parodiando una crispación facial. El formidable cerebro positrónico debía *pensar* al máximo, forzando las células autodireccionales a una tensión escalofriante. A causa de las sacudidas que producía el loco vaivén de los brazos, un negro mechón de cabellos cayó a un lado de la sien...

Fue entonces, tal vez como una premonición futurista, cuando Walter sintió horror. Un horror inexplicable, que agarrotaba y representaba suplicio.

Se olvidó de que era una máquina y casi percibió, en carne propia, el tremendo esfuerzo realizado por el autómatas.

—¡Basta! —gritó—. ¡*Eso* va a estallar!

Todos se volvieron a mirarle, sobresaltados. Todos permanecieron inmóviles... excepto el *rob*, que perseveró en su insensible cometido con redoblado ímpetu. Durante unos segundos —casi eternos— en el despacho no reinó otro sonido que el de las respiraciones y el zumbido ultrasónico.

Luego, precedido por el chasquido que produjo la tapa superior del termo-medidor al ser cerrado, el silencio se hizo tan espeso que acabó por transformarse en una sensación asfixiante que parecía física.

—Comprendo que se haya puesto un poco nervioso —disculpó Take, quebrando la extraña quietud—. Este *producto* escapa a la imaginación terrestre. Ya se acostumbrarán. ¿Cuánto ha tardado

ahora?

—Dieciséis minutos y... —replicó, instintivamente, Republic—. Deje de mirar el autómata cuando Trimmer gritó.

—Perdonen —suspiró Walter—. No sé qué me ha pasado. El terrible esfuerzo a que le sometieron me hizo padecer...

—Es un *robot* —rezongó Tommy—. Y no hay peligro de que estalle. Fuércentlo cuanto quieran.

—Eso es —se adhirió Take—. Precisamente, lo que mi Compañía pretende es que sean probados en empresas donde se les exija el máximo rendimiento. Así podremos averiguar hasta qué punto se eleva el índice de la laboriosidad.

—Una pregunta —intervino Tim Vogel—. ¿Por qué no puede estallar? Nuestros autómatas *sí* revientan en ocasiones. Se han dado casos en la misma FNE.

—Olvídense de los anticuados servomecanismos terrícolas —contestó Tommy, a una indicación de su jefe—. Este artículo ha sido construido en Urano, el sector industrial más adelantado del Espacio. Tengan confianza. No hay nada inflamable en su composición. Ni un miligramo de energía nuclear en su cerebro. Lo único que podría pasar, a fuerza de desgaste, sería una rotura de pieza o la descompostura pasajera. La Compañía se encargará de suministrarles recambios, desde luego.

—¿Qué responde a mi oferta, señor Canfield? —añadió Take, dando un nuevo giro a la conversación.

—Me complacería en extremo que accediese a dejar el *humanorobot* durante un período de prueba —replicó el director—. No sólo él... sino los restantes que guardan en el almacén. Le prometo que aquí va a encontrar su mejor campo experimental.

—Campo experimental —repitió Tommy en un susurro—. No está mal expresada la idea.

—Ya le dije que, por el momento, disponemos de media docena —confesó Take—. No hay inconveniente en cederlos temporalmente a la FNE... siempre que usted me prometa recurrir a nuestra Compañía en el posible caso de una adquisición formal. En realidad, como dice Tommy, esto puede ser tomado por ustedes como un experimento; mas yo estoy convencido del éxito por anticipado.

—Tiene mi promesa, señor Take.

—Bien. Me he permitido traer unos documentos para...

Walter Trimmer no escuchó el resto de lo que hablaban. Oía las voces, sí, pero de forma confusa. Se sentía fatigado y nervioso. Puede que la culpa fuese de la falta de descanso y la afectación residual de la noche anterior. Cena, licores, baile... Pensó en Eva Sunning y sonrió. ¡Cómo deseaba volverla a ver!

Sin embargo, ahora estaba convencido de que tardaría bastante

en conseguirlo. Los cinco mil cohetes esperaban... y también esperaban los seis autómatas uranianos cuya perfección mecánica le había forzado a ponerse en ridículo. ¿Por qué gritó? Jamás experimentó una sensación igual. ¿Lo hizo solo por *piedad* hacia un muñeco maravillosamente portentoso?

No. Estaba seguro de que influyó otro sentimiento, otro estímulo quizá de tipo mental. Pánico. Tuvo miedo... ¿de qué?

No lo sabía. No *acertaba* a descubrirlo. Pero se dejó ganar por una llamarada aterradora.

La falta de costumbre, como dijo Take. Le excitó aquel mechón de cabellos sintéticos batiendo contra la frente del autómata y la luz infernal de sus ojos de artificio. Realmente... ¿era lógico sentir confianza *ciega* por los productos importados de Urano? O expuesto de otra forma: ¿se hallaban ante la mejor solución para el problema planteado a la FNE a causa del Departamento de Estado? La pregunta, por lo pronto, carecía de respuesta.

CAPÍTULO IV

SUPERACIÓN

Pero la respuesta casi podía esbozarse a las primeras horas del siguiente día. Los cinco autómatas restantes fueron transportados a la FNE y puestos a disposición del ilusionado Tim Vogel y el todavía gruñón Republic.

La media docena de servomecanismos, debidamente montados y vestidos con el típico *mono* azul-verdoso, hicieron su entrada triunfal en los talleres, por cuyas anchas galerías avanzaron por su propio pie, igual que nuevos trabajadores en su primer día de labor.

Aquella mañana estuvo repleta de innovaciones para todos. Innovaciones no exentas de emoción; porque realmente producía emoción ver actuar, con acierto y seguridad, a los insospechados mecano-operarios que para nada necesitaban los controles direccionales del cuadro lumínico que vigilaba Vogel.

Lo que podía circunstancialmente llamarse *adiestramiento* de las maquinarias resultó sencillo. Anonadaba un poco la pasmosa facilidad de asimilación que caracterizaba los extraordinarios cerebros positrónicos de que iban provistos.

Bastaba hacerles repetir un movimiento, *grabar* en sus células la acción rutinaria del trabajo, para que éste se realizase sin deficiencias y a una celeridad que destacaba de inmediato al contrastarla con el ritmo laboral de los lentos *robots* telecontrolados.

No existía parangón entre los unos y los otros. Walter Trimmer se ocupó de supervisar los puntos de trabajo y tuvo que admitir, sin objeciones, la inmensa utilidad práctica de la adquisición.

A mediodía, reunido con Dan Canfield en el restaurante automático donde solían acudir para tomar un refrigerio, ambos hablaron del tema que ya había llegado a convertirse, por derecho propio, en maravillosa fábula admirativa.

—Es algo que no me cabe en la cabeza —confesó el director entre bocado y bocado—. ¡Los he visto manejar piezas con tanta soltura que aún dudo de la realidad! No parecen máquinas, sino *hombres*. Mejor dicho, superhombres. Ejecutan el trabajo con un primor que cualquiera pensaría han sido contruidos expresamente para la FNE.

—Cierto —asintió Walter, jugueteando con el tenedor—. Producen un efecto absoluto de humanidad. Es alarmante.

—Vamos, Trimmer —rió Canfield—. ¡No me diga que le alarma ver una obra perfecta de la inventiva! Recuerde que esos muñecos pueden sacarnos del apuro. Estoy seguro de ello. Vogel llevará la

cuenta exacta de su producción y esto nos permitirá establecer deducciones *a priori*. Contando con el rendimiento del primer día, nos será fácil establecer cálculos respecto al futuro. ¡Esto sin apelar al recurso de que podremos forzar su índice de rapidez! ¿Se ha dado cuenta del mal lugar en que están quedando nuestros *robots*?

—Sí. Me he dado cuenta. El progreso los echará a un lado. Puede que sea un sentimentalista, pero me da lástima pensarlo. Sobre todo, si tenemos presente que los otros servomecanismos no constituyen una invención de nuestro mundo.

—¡Qué más da! La Tierra ha proporcionado grandes inventos al Universo. Justo es que ahora el Universo nos ofrezca algo útil en compensación. Los *humanorrobots* son la más espléndida compensación que cabía esperar en lo tocante a ingenios autodirigidos. Estuve paseando por los talleres antes de venir a almorzar. ¡Qué espectáculo! En la Sala de Ajustes, cuatro de los viejos *robots* repasaban una lámina de cuarzo acérico. Invirtieron en el repaso diez minutos. ¿Sabe cuánto necesitó un autómatas uraniano para efectuar la misma operación? ¡Un solo autómatas!

—Seis minutos —contestó, apartando el plato, Walter.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—No hay tal adivinación. También estuve echándoles un vistazo. Los he visto manejar el supersoplete, fundir, nivelar, comprobar, accionar las prensas gigantes...

—¿No es formidable?

—Jamás hemos tenido un personal tan hábil.

—¡Y rápido! ¡No olvide la rapidez, Trimmer!

—No la olvido. Es algo que me intriga. Después de todo, concebir un *robot* perfecto ya representa un triunfo. Ninguna Compañía de la Tierra se ha esmerado nunca en la presentación de los servomecanismos. Comenzando por la apariencia, tan *humana* que hasta parece ofensiva, y terminando por la soltura de movimientos, *células autodireccionales* y capacidad laboral, estos aparatos de Umbriel dan ciento y raya a los terrícolas. Pero no es eso lo más notable. ¡Pueden *acelerarse* lo mismo que un vehículo móvil! ¿No ve en ello motivos de alarma?

—Ninguno; al contrario, veo motivos para regocijarnos. Lo que durante tantos siglos hemos esperado acaba de materializarse. Recibamos jubilosamente al *robot* ideal. Sin él, ya me encontraría rogando al general Bronson para tratar de arrancarle prórrogas de tiempo.

Walter Trimmer se encogió de hombros.

—Anoche tuve una pesadilla —confesó.

—¡Oh, Trimmer! ¡No me diga que ha vuelto al *Conservator* con su novia!

—No. He perdido nuevamente el contacto con ella. Supongo que de un momento a otro indagará preguntando las causas. Eva no se caracteriza por su ilimitada paciencia.

—Es mejor que no le diga nada por ahora.

—Tenía el propósito de callármelo, desde luego. Aparte, supongo que no lo creería. Mi pesadilla la ha motivado otra cosa. Un sobresalto. Quizá es que me dejé impresionar con exceso durante la prueba.

—Ya vi que se puso algo nervioso.

—Bastante. Aquel mechón de cabellos sintéticos golpeando la frente morena del *humanorrobot* me descompuso. Quizá sea alérgico a este tipo de manifestaciones. ¡Pero parecía totalmente un hombre, señor Canfield! Lo siento; me es imposible apartarlo de mi mente. Veo constantemente el lado terrorífico de todo este asunto.

—¿Terrorífico?

—¿Por qué no?

—Es una palabra algo fuerte.

—Es *fuerte* cuanto se relaciona con ellos. Fuerte de imaginar y fuerte de creer. Flota un aire siniestro en torno a esas máquinas. Algo que me recuerda a una Humanidad esclavizada y obligada a trabajar sobrepasando sus límites físicos.

—¡Bah! Inexplicables escrúpulos, Trimmer.

—Acaso no lo exponga como es debido, porque las sensaciones que despertó en mí la pesadilla no logro describirlas con palabras. He procurado analizar objetivamente lo que sentí, pero sigo a oscuras. Se lo diré más claro, sin tapujos. Veo a esos autómatas como un reflejo idéntico de nosotros mismos. Hombres sometidos a un trabajo intenso, aterrador. Algo que me produce frío. Filas y filas de personas que jadean, que sufren, febriles los ojos y trémulo el cuerpo, afanados en realizar un trabajo bestial, a los que se les exige más rapidez, más esfuerzo, más y más producción...

Canfield sonrió. Evidentemente, era incapaz de seguir el razonamiento de Walter.

—Su pesadilla debió ser poco divertida —contestó.

—Al despertar, sudaba a mares y tenía dolor de cabeza.

—Corrientemente ocurren esas cosas. No se preocupe. Más tarde, al terminar la jornada, quizá nos llevemos una desbordante alegría que bastará para ahuyentar sus pesimismo. ¿Imagina la cara del general Bronson cuando le digamos que el pedido de los cinco mil cohetes será servido en el plazo oportuno?

—No me obligue a más esfuerzos de imaginación. Acabaré agotado.

—¿Terminó su almuerzo?

—Sí.

—Apenas lo ha probado. ¿No se encuentra bien?

—Estoy bien... pero sin apetito. Tomaré algo después.

—Como quiera. Es hora de regresar a la Fábrica. Vamos. Iremos dando un paseo.

Por la tarde, plenamente satisfechos con el resultado de los inigualables *robots* de Urano, dos de ellos fueron trasladados a la Sala de Acople, la sección más importante de la FNE.

Allí trabajaban unos cincuenta autómatas telecontrolados, siempre sometidos a vigilancia por Tim Vogel, ya que la Sala de Acople constituía el *punto final* de todas las construcciones ingenio-espaciales de la fábrica.

Cualquier aparato, nave u objeto quedaba totalmente montado y listo para pasar al Campo de Experiencias, última fase del acabado antes de hacer la entrega oficial al peticionario. Aquellos dos *humanorrobots* habían sido *ascendidos* de categoría en atención a su prodigiosa habilidad como montadores.

—Deseo comprobar si sirven para dar el acabado a los espacio-cohetes —señaló Playton—. Eso significaría un notable adelanto en la producción. Además, me pica la curiosidad por someter a prueba el primer cohete terminado. Disponemos de material de montaje en abundancia, porque hoy se han fabricado piezas suficientes para unos trescientos cohetes. No ha estado mal para ser el primer día, ¿eh? Se notó la participación de los *extranjeros*.

—Un buen promedio —afirmó Walter—. Contando a razón de unos once días, que es aproximadamente el tiempo de que disponemos, nos encontramos con una cifra total de tres mil trescientos.

—Pero faltan mil setecientos para completar el pedido de los cinco mil —observó Dan Canfield—. Hay que superarse, Trimmer. Los autómatas pueden ir más aprisa y también nuestros mecano-operarios serán sometidos al máximo de velocidad.

—Están al máximo —informó Vogel.

—Pues trabajarán sin descanso las veinticuatro horas. Hay que llegar a un número de cuatrocientos cincuenta cohetes espaciales por día. Algo me dice que lo conseguiremos. Se trata, simplemente, de forzar a las máquinas. Superación. He ahí la consigna, amigos. La FNE va en busca del triunfo más resonante de todo su historial.

La palabra causó efectos distintos en los reunidos. Para Walter, en especial, sonó duramente. No le sorprendía el anhelo de Canfield. Estaba seguro de que sucedería así en vista de los óptimos resultados obtenidos.

Habitualmente, la cifra diaria de producción para casos como el presente oscilaba entre los doscientos o doscientos veinte cohetes listos para la Sala de Acople. Se había llegado a unas ochenta *piezas*

por arriba de lo corriente. Era ya —para emplear la fatídica palabra— una satisfactoria *superación*. Sin embargo, tenía el presentimiento de que a partir de entonces iba a resultar en extremo difícil saciar la ansiedad de Canfield.

El segundo día de labor efectiva, auxiliados por las servomáquinas, se alcanzó los trescientos diez cohetes. El tercero, ya en plena fiebre productora, trescientos veintiuno. El cuarto —que pese a ser festivo se trabajó desde el amanecer—, trescientos treinta y cuatro. La *superación* progresaba alentadoramente y los hombres fueron haciéndose a la idea de que los autómatas acabarían por sacarles del atolladero.

Entretanto, y sólo como experiencia, Playton y Finegan probaron en el campo varios de los modelos acabados. El resultado de la prueba le fue facilitado a Walter con rostros en los que resplandecía el delirio.

—¡Apoteósico, muchacho! —exclamó Finegan—. ¡Esos autómatas son capaces de realizar lo irrealizable!

—Un poco de calma —pidió Trimmer, dejando sobre la mesa los papeles emborronados de cifras que había estado estudiando—. ¿A qué viene semejante alboroto?

—Viene a consecuencia de lo ocurrido en el Campo de Experiencias —manifestó Playton hablando en igual tono alterado de voz.

—¿Qué pasó?

—Ahí está lo curioso del asunto. Pasar, lo que se dice pasar, no ha pasado nada. Finegan y yo teníamos un cierto recelo. Al fin y al cabo era la primera vez que bastantes cohetes espaciales salían de la Sala de Acople sin la participación *total* de nuestros mecano-operarios, ¿comprendes? Un fallo, el más ligero de todos, bastaría para que se precipitasen a tierra, destrozando un montón de dólares y obligándonos a repasar, una por una, las *piezas* terminadas. Sería imprescindible localizar el defecto. Pero no, Walter. ¡Asómbrate!

—Ya estoy asombrado. Venga la noticia.

—Ni una vacilación trayectorial, ni un mal sonido... ¡ni un escape! Los espacio-cohetes han funcionado regular y perfectamente. Los *humanorrobots* acaban de ganarse la plaza de montadores por absolutos méritos. ¡Casi resulta una desconfianza pueril comprobar el trabajo que ellos realizan! ¡Ya no podemos dudar que *todo* lo que acometen es indefectiblemente bien acabado!

—Ojalá poseyéramos un centenar de ellos —se lamentó Finegan—. ¡Seguro que la FNE se colocaría a la cabeza de la productividad en todas las industrias del Planeta!

—No importa, ¿verdad, Walter? —consoló Playton—. Con los seis que tenemos podemos hacer malabarismos. Nos basta con exhortarles a cada minuto: ¡Más aprisa! ¡Más, más, más aprisa!

Quizá ésta era una solución, a la postre. En los días subsiguientes quedó demostrado plenamente que cuanto Williams Take y Tommy dijeron relativo a los *humanorrobots* no constituía vana propaganda.

Daba vértigo contemplarles trabajar. Sus movimientos apenas podían seguirse con la vista, y aturdíán igual que silenciosas bofetadas aplicadas en puntos mentales de los seis terrestres que movían los resortes fabriles en la FNE.

De esta forma, exprimiendo crudamente el valor de la *consigna superación*, se llegó a alcanzar los cuatrocientos cuarenta y dos cohetes espaciales por jornada. El solo pensamiento sumía en un remolino de éxtasis anhelante a Dan Canfield. Cuatrocientos cuarenta y dos *piezas* diarias. Una cantidad jamás igualada por ningún otro organismo dotado de productores robóticos.

Un pequeño esfuerzo, la definitiva presión sobre los *humanorrobots*, y ocho cohetes más cerrarían la cuenta diaria. Entonces, con cuatrocientos cincuenta cada jornada... ¡la División de Servicios Interplanetarios se quedaría boquiabierta de pismo! ¡Atontada de verdad!

La luz de los ojos, el tremolar de los cuerpos y aquel zumbido indefinible, vibrátil y taladrante, componían el ahora habitual panorama para los humanos que laboraban en la Fábrica Nacional de Espaciocohetería. No había descanso, ni el menor reposo para las máquinas. No *tenían* derecho a ello mientras el fabuloso pedido de los cinco mil espacio-cohetes continuase inconcluso. ¡Aprisa! ¡Más aprisa! ¡Mucho más!

Nadie abandonaba ya el recinto de trabajo. El plan de *superación* acabó convirtiéndose en enfermedad contagiosa, en epidemia que nubló la razón y abrasó los corazones. A veces, en los momentos de relativa calma que le deparaba a Walter la reclusión en su despacho, recordaba la pesadilla y sentía un amorfo titubeo helarle el alma.

Estas sensaciones se transformaron en pasajeras, infrecuentes ramalazos que acabaron por abandonarle. Porque también él había sido ganado por la fiebre de la prisa loca.

Nada podía ocurrir y nada ocurriría. Tommy dijo que no se inquietasen por los autómatas. Que fueron concebidos para rendir hasta límites insospechados. También dijo —aunque esto parecían haberlo olvidado— que los talleres serían el mejor *campo experimental*. Y lo dijo con entonación misteriosa.

A la sazón —después del recuento efectuado por Vogel al octavo día de intensa actividad— se pisoteó con ventaja lo que consideraban *récord*. ¡Cuatrocientos sesenta y tres cohetes en una sola jornada! ¡Veinticuatro horas memorables! ¡El triunfo deseado!

Sí. Nadie se atrevería jamás a negar que representaba un triunfo. El Planeta —hasta los restantes mundos vivos del Sistema Solar— se

disputarían la posesión de los artefactos mecánicos fabricados en Umbriel nada más hacer pública la estruendosa revalorización industrial. Pero...

Pero algo debía ocurrir. Estaba en el ambiente, en el aire mismo que respiraban, en lo más oculto de sus subconscientes. Algo que *necesariamente* se produciría a causa del demoníaco empeño por violar las elementales leyes mecánicas.

Todo llega a un tope. Todo. Hasta alcanzarlo, es posible prever las consecuencias de ciertos acontecimientos. Al sobrepasar el límite natural, ya nadie es capaz de aventurar lo que podrá suceder.

En la FNE se produjo el estallido —un estallido sin ruidos, para ser exactos— cuando la confianza en las infinitas posibilidades de los autómatas se elevaba a cúspides insospechadas. El almacén encerraba cuatro mil seiscientos cohetes supervisados por los técnicos y cuyas pruebas en el campo de experiencias auguraban un servicio intachable. Es decir, que el pedido rozaba los confines del término aun antes de que expirase el plazo concedido.

El general Bronson se interesó en un par de ocasiones por la marcha de los trabajos, quizá extrañado ante la indiferencia de Dan Canfield y su manifiesto desdén por solicitar las consabidas prórrogas. El director, deseoso de gozar ampliamente las mieles de la victoria en su oportuno y efectista momento, se guardó muy mucho de ponerle en antecedentes de la verdad.

Reservaba la contundente explicación para el final, lo mismo que un triunfo celosamente escondido. Quería apabullar al Departamento de Estado y de paso, si era posible, pulverizar alguno de los capitostes que influían en la División de Servicios Interplanetarios, a los que llegó a considerar antes como enemigos profesionales. El índice productor de la FNE, conseguido en un tiempo mísero, bastaría para destruir ojerizas y volcar, definitivamente, la protección de los *departamentistas* sobre la fábrica regida por Canfield.

Sueños, ilusiones y una dosis mal contenida de vanidad. Quién más, quién menos ya suspiraba por un alto cargo en los estrados estatales desde los que imponer, ahora con todo rigor, condiciones y exigencias. Walter Trimmer parecía hallarse libre de tan orgullosos empeños. El triunfo le absorbía por entero, hasta el extremo de hacerle olvidar el apetito, la sed y la necesidad de reposo.

Después del obligado e ineludible recorrido de ritual por los inmensos talleres, en los que pudo comprobar la aturdidora destreza con la que operaban los *humanorrobots*, acababa de regresar a su despacho y se enfrascó en el fatigoso cometido de redactar el informe que Canfield le pidió con urgencia.

En su fuero interno, deseaba que la situación se resolviese favorablemente y terminase pronto. Aquello no era trabajar, sino

esclavizarse de por vida a la fábrica. Llevaba una semana, con sus respectivas noches, sin asomar la nariz al exterior.

No había vuelto a pisar la calle, ni a ver una cara distinta a la de sus camaradas. Otro tanto podía decir respecto a Eva. Seguro que ella no le perdonaría este nuevo abandono y, tras las explicaciones de rigor, se vería obligado a apelar a las consuetudinarias excusas.

Mientras batallaba con el informe, el recuerdo de la hermosa Eva danzaba de un lugar a otro en su mente. Acaso a ella le ocurría lo mismo. Sin duda, pensó.

Y entonces, materializando lo que sólo eran sospechas, vibró el *sonorizador*, movió la clavija y la telepantalla del aparato se iluminó con la belleza delicada de su prometida.

—¡Hola! —saludó—. ¡No esperaba hallarte vivo todavía!

—¿Qué tal, cariño? Empínate sobre las puntas de los pies y verás hasta qué punto me encuentro atareado. Aquí me tienes, *navegando* en el proceloso mar de los papeles.

—Eso parece, Walter. Me tienes olvidada por completo...

—Olvidada, no, cielo. Ya sabes. El trabajo es abrumador. Creo que te expliqué lo de los cinco mil espacio-cohetes. Estamos dando cima a la labor y espero que pronto volveremos a...

—Ahora no te valdrán excusas.

—¡Eva! ¡No son excusas, demonio! ¿Es que siempre hemos de estar peleando por el mismo motivo? Cuando nos casemos te cansarás de verme.

—¡Oh, querido, eso está tan lejano! Llevamos un paso demasiado lento. Veamos qué tal sigues de memoria. ¿Hace mucho que no hemos hablado *cara a cara*?

—Lo sabes tan bien como yo. Quizá... quizá una semana.

—Suprime el *quizá*. Una semana justa, Walter. ¡Es intolerable! ¡Por eso he tomado mi resolución!

—Escucha, Eva...

—No te inquietes —Eva Sunning lo envolvió en una sonrisa encantadora, que dejó al descubierto sus aperlados dientes—. Me hago cargo de tu dificultad. Sería tonta si no lo comprendiese después de todo el tiempo enamorada de una especie de fantasma al que sólo puedo ver por teleconexión. Te perdono. Estás libre de culpa. Y lo digo de todo corazón, Walter...

—Menos mal que por una vez razones...

—Pero he decidido poner de mi parte lo necesario, vida. Tú no puedes venir a verme porque la FNE es un pulpo feroz entre cuyos tentáculos te aprisiona día y noche. Conforme. Acepto con resignación la obligatoriedad de invertir los papeles. ¡Pasaremos la velada juntos!

—¡Eh! Un momento...

—¡Iré a la fábrica!

—¿Te has creído que esto es un parque público? Aquí no te dejarán entrar sin autorización expresa del director.

—Gracias por la intención. Hace unos minutos escasos telehablé con el importante Dan Canfield. Le expliqué que me tienes abandonada y que voy a enloquecer a causa de la soledad. ¡Qué bondadoso es tu jefe, querido! ¡Me ha dado su permiso para que vaya a dejarme consolar!

—¡Eres un diablillo que...! —empezó Walter riendo con los ojos aunque sus labios pretendían seguir serios—. Bueno. Si Canfield ha consentido...

—Llevaré una cena fría y algo para beber. ¿De acuerdo?

—Como tú digas, pequeña.

—Te lo mando con todo mi afecto —se despidió ella, enviándole un rápido beso con la mano—. ¡Hasta dentro de una hora!

—Adiós, Eva. No vayas a... a tardar demasiado.

—¡Impaciente! ¡Ya sabía que te gustaría la idea!

Claro que le gustaba. Walter accionó la clavija y bajó los ojos para releer lo que llevaba escrito del informe. ¡Eva! ¡Al fin podría evadirse del ambiente enrarecido de la fábrica, siquiera por unas horas de la noche! Desgranó una risita alegre y de nuevo repitió, ahora con voz susurrante:

—¡Eva! ¡Eres un delicioso diablillo!

Lo que Walter Trimmer ignoraba, por supuesto, era que la estancia de su prometida en la FNE iba a prolongarse por un espacio de tiempo bastante superior a breves horas. Eva Sunning permanecería a su lado durante días. Varios. Tenebrosos y dramáticos días.

También ignoraba, con supino desconocimiento del futuro, que la visita de la muchacha al despacho particular iba casi a coincidir, por pura casualidad, con el último chispazo productor que Canfield designaba por *plan de superación*. Ironías y paradojas del Destino.

CAPÍTULO V

UNA TRAGEDIA

Cuando llamaron a la puerta se puso en pie, dejando automáticamente de repasar el extenso informe, y anduvo a largas zancadas para franquearle la entrada al visitante. Estaba tan seguro de la identidad del mismo, que al abrir ya había disparado la más deslumbrante de sus sonrisas de bienvenida.

Pero la sonrisa fue borrada al instante, disfrazándola de algo acogedor aunque menos efusivo. Eva Sunning no se hallaba sola. Dan Canfield, cortés y solícito, la acompañaba.

—Aquí le traigo a su adorada —indicó el director—. Una grata sorpresa, ¿eh?

—Sí —mintió Walter—. ¿Cómo se le ocurrió, señor Canfield?

—Yo le pedí permiso —explicó Eva—. No podía resistir más sin verte. Él fue tan amable que autorizó mi visita. Ahora comprendo perfectamente por qué te ha sido imposible reunirme conmigo en estos últimos días. ¡He visto los *humanorrobots*!

Walter demostró, siguiendo el juego de fingir que Eva no le anticipó previamente la llegada, un conato de asombro.

—Vaya, vaya... —agregó, después—. Creo que alguien me previno respecto a la conveniencia de no divulgar nada sobre los autómatas.

—Claro, Trimmer. Lo hice yo mismo —reconoció Dan—. Pero eso fue días atrás, cuando todavía ignorábamos el resultado que podríamos obtener. Ahora, ya no hace falta mantener el secreto, y mucho menos tratándose de su prometida. La cifra de los cinco mil cohetes casi ha sido lograda. Acabamos de dar un paseo por la fábrica y puse a la señorita Sunning en antecedentes de nuestro hallazgo. Se mostró muy interesada.

—Lo estoy —admitió Eva—. ¡Son magistrales esos *robots*! Sólo lo lamento por una cosa. Creo que a partir de ahora les van a llover los pedidos continuamente. ¡Y aún será doble difícil estar a tu lado, Walter!

Rieron. Dan Canfield se despidió con una leve inclinación de cabeza y estrechó cálidamente la ciudadana mano que Eva le tendía.

—No quiero seguir actuando de obstáculo —dijo—. Le dejo en buena compañía, Trimmer. Oblíguele a cenar, señorita Sunning, porque los últimos días apenas ha probado bocado.

—Ya me encargaré de que cambie de conducta. Gracias por todo, señor Canfield.

El director salió del despacho, no sin antes dedicarle una mirada

especial a Walter. El joven cerró la puerta, se volvió hacia Eva y suspiró.

—Has descubierto el pastel, querida. El propio Canfield no pudo contenerse y te reveló la existencia de los nuevos autómatas. Debías haberme avisado que él ignoraba tu telellamada. He tenido que hacerme el sorprendido.

—Una buena actuación. No le dije nada por la sencilla razón de que era dejarle en segundo lugar. El hombre había dado instrucciones y me abrieron los portales electrónicos nada más descender del turbotaxi. Vino a recibirme y me aclaró que estabas ocupado en un trabajo importante. Por eso dimos una vuelta, ya que de esta forma dispondrías de tiempo para terminar. Me enseñó los *humanorrobots*. ¡Parece mentira, Walter! ¡Son incalificables!

—Incalificables —convino él—. Bien. Todo aclarado. Acércate.

—¿Cómo va el trabajo?

—Ahora mismo releía el informe. Después de cenar se lo entregaré. Ven, Eva. He de decirte algo... con una semana de retraso.

Ella curvó los jugosos labios en una sonrisa, comprensiva. Sabía lo que tenía que *decirle*. Cuando Walter bajó la cabeza, se los ofreció abiertamente, correspondiendo a su cariñoso beso. ¡Se sentían como si hubiese transcurrido un siglo de total alejamiento! ¿De veras sólo llevaban una semana sin verse? Después de la dulce caricia. Eva lo contempló, risueña, prendiendo en los de Trimmer la luz celeste de sus ojos.

—Estás fatigado —musitó—. Creo que trabajas con exceso.

—Hemos pasado unas jornadas de prueba —contestó él—. Labor intensiva en todos los sentidos. Debíamos terminar el pedido y esos autómatas nos han servido mejor que doscientos de nuestros viejos *robots*. Supongo que al conocerse su eficacia habrá una verdadera invasión de productos de Urano en todas las mecanofábricas de la Tierra. No obstante, ha sido un gran esfuerzo pese a su valiosa colaboración. Estamos como prisioneros aquí dentro. Día y noche. Bueno... —agregó—. ¡Al diablo la FNE! ¡Tú y yo es lo único que importa!

—Gracias a la gentileza de Dan Canfield.

—Y a tu propia diplomacia. Seguro que a mí me hubiese negado este favor. ¿Qué has traído para cenar? Creo... creo que empiezo a sentirme hambriento.

No estaban prisioneros *todavía*. He aquí el punto álgido del asunto. Pero, admitiendo los hechos en su exacto desarrollo, tardarían muy poco en pasar por tan enojosa situación.

Mientras Walter Trimmer y Eva Sunning, gozosos por su felicidad presente, se disponían a hacerles los oportunos honores a los condimentos fríos que ella empezaba a extraer de la bolsa refrigerada

de mano, algo siniestro —erizantemente siniestro— empezaba a incubarse no lejos del despacho de Asesoría Técnica.

Para ser más concretos, exactamente, la tragedia no tardaría en tomar forma en el interior de la Sala de Fundición. En aquellos momentos, coincidiendo con la alegre desenvoltura de Eva para disponer la mesa utilizando el escritorio de Walter, Republic avanzaba por la galería que desembocaba directamente en la Sala.

La atmósfera era casi irrespirable, debido a los gases exhaustivos que producía la acción constante de los supersopletes y el calor que irradiaban las monstruosas y abrasantes magnosoldaduras de espacio-estánico, el material de fusión inalterable más allá de las capas ionosféricas.

Las secciones de luz permanecían encendidas, bañando con brillantez a los activos mecano-operarios afanados en la abrumadora tarea. Allí se veía casi un centenar de *robots* cuyas superficies metálicas centelleaban.

También destacaban tres *monos* azul-verdoso, dentro de los cuales, accionando vertiginosamente miembros, servonúcleos sensoriales y células de autodirección, rendía el trío de *humanorrobots* destinado al penoso trabajo de soldadura.

Republic se dirigía al Puesto de Control, la enorme cabina transparente donde Tim Vogel manejaba los registros de telecontrol que daban vida a los autómatas terrícolas. Iba a relevarle. No pudo evitar sentir cierto menosprecio por las máquinas al compararlas con aquellos maravillosos instrumentos que para nada necesitaban de gobierno.

Ellos actuaban por su sola cuenta y producían infinitamente más. Sin obligar a un hombre a recluirse en el intrincado santuario atiborrado de manivelas, ruedas, pantallas e impulsores merced a los cuales podía extraerse partido laboral a los servomecanismos.

A mitad camino de la Sala de Fundición se detuvo, y miró curiosamente al terceto de *humanorrobots*. Las cintas rodantes sobre las que depositaban las planchas recién soldadas se alejaban en dirección a la Sala de Acople, arrastrando el material preparado magníficamente. Le era imposible evadirse de la poderosa atracción que sobre él ejercía el simple hecho de verlos trabajar.

Ninguna de las operaciones espacio-cohéticas en cuya fabricación intervenían necesitaba la menor corrección. Una exactitud y precisión inconcebibles para el cerebro humano. Sin embargo, lo más notable de todo no radicaba en su inverosímil aptitud para el trabajo. Como le sucedía a Dan Canfield, Republic también se hallaba obsesionado por la circunstancia de su rapidez.

Ésta representaba un problema de consecuencias *infinitas*. Teóricamente ilimitado, ya que bastaba una simple orden verbal para

redoblar la velocidad operativa de la máquina.

Por ejemplo —y valiéndose de sutilísimos comprobadores robóticos— habían llegado a clasificar su marcha entre las de tipo quántuple conocido. O dicho de otra forma; en *salida* inicial los autómatas trabajaban a un volumen productor de cinco *megarrob*. Por este simple hecho, se colocaban a la cabeza de los más perfeccionados servomecanismos terrícolas. El tipo supremo de doce *megarrob*, constituía el mayor adelanto logrado por los técnicos del Planeta.

Ahora bien, volviendo al ejemplo del *humanorrobot*, nada más iniciar el arranque o *salida*, cualquier hombre que conociese el código empleado para activar su productividad podía limitarse a ordenar:

—¡Atención, *rob*! ¡Aprisa doble!

En cuyo caso —y por este mero hecho— el volumen de *megarrob* pasaba, instantáneamente... ¡al desarrollo de diez unidades de celeridad! Técnicamente, existían varias explicaciones basadas en las fórmulas de mecanorrobótica que acompañaban el folleto entregado por Williams Take para el caso de que fuese necesaria alguna reparación. A pesar de lo cual, dada la índole del *salto*, los mejores *robots* terráqueos —aquéllos que operaban a doce unidades robóticas— se veían casi aventajados por los instrumentos importados de Umbriel.

Pero lo pavoroso —lo anonadante— era que al volver a repetir la orden, la máquina trabajaba a veinte *megarrob*, o sea... ¡superando incluso las ambiciosas concepciones de la Tierra!

Solo en una ocasión —pensó Republic mientras cruzaba junto a primero de los autómatas— se atrevieron a sobrepasar la cifra de los veinte *megarrob*. Desde luego, en vía de desesperado ensayo. Sucedió cuando todavía ignoraban que el pedido de cohetes espaciales quedaría terminado dentro del margen de tiempo señalado. El propio Republic sugirió a Dan Canfield que no era prudente forzar tanto las máquinas, pues se corría el riesgo de originar roturas.

Aún recordaba la especie de congestión que dominó al mecanooperario. Todo él temblaba como un atacado de epilepsia. Al finalizar la prueba —que duró unos treinta segundos— apenas podía pasarse las manos por encima del *plastosilicón* fibroidal de recubrimiento. ¡Ardía lo mismo que la piel de una persona cuyo organismo se hallase consumido por la fiebre!

—¡Bah! —meditó—. No sé por qué siempre nos referimos a ellos igual que si se tratase de seres orgánicos en lugar de muñecos mecánicos. Tal vez se deba a su apariencia tan felizmente conseguida. Sí; es posible que ésta sea la razón. De todas formas, aun sabiéndoles máquinas, no conviene extralimitarse. Continúan en período experimental...

Había llegado casi al final de la Sala de Fundición, cuando se

detuvo súbitamente. El primer y segundo autómatas trabajaban a buen ritmo, sin duda desarrollando una *marcha* equivalente a dieciséis o dieciocho *megarrob*. Significaba un alcance operatorio que nadie pudo extraer de servomecanismo alguno.

La experiencia había demostrado que sus partes constitutivas internas no *padecían* a semejante funcionamiento. Pero el tercero, situado muy cerca de Republic, parecía haberse *salido de la órbita*, como calificaban en términos de Robótica todo rebase peligroso.

—¡Ése trabaja a toda marcha! —exclamó—. ¿Cómo es posible? ¿Quién habrá sido el estúpido que...?

Desde luego, no podía descontarse la eventualidad de una avería. Anduvo hacia él a grandes zancadas. De pronto, se sintió nervioso y alterado. Su presencia serviría, quizá, para evitar un desastre. Pero... ¡pero aquello no tenía lógica! ¡Inconcebible un descuido semejante!

Acaso alguien de la fábrica, en plan de curiosidad, sintió la tentación de gritarle las consabidas palabras y el *humanorrobot* ciegamente obediente, desarrolló el doble de la potencia. ¡Se lo diría a Dan Canfield para que abriese una investigación! ¡Así es como acabaría saltando hasta el último de sus microfilamentos!

Lo peor no era esto... ¡sino que quizá llevaba mucho tiempo en tal estado! Interesaba pararlo y darle unos minutos de reposo. Se aproximó por detrás, tendiendo la mano para aprisionar los resortes de la espalda. Causaba respeto verle manejar el supersoplete a tan arrolladora rapidez.

Las piezas soldadas se amontonaban sobre la cinta rodante antes de que se deslizase del todo. El zumbido interior estaba transformado en un silbido agudo... ¡perforante! ¡Y los girantes ojos luminosos, la cabeza y el cabello sintético adquirirían una movilidad de pistones extrarrápidos!

Antes de que lograrse posar la mano en su espalda se produjo la tragedia. Una tragedia *sin precedentes*. Fue todo tan veloz, tan deslumbrante, que Republic apenas alcanzó a darse cuenta de lo que sucedía.

Jamás pudo contarle a nadie y por ello su muerte constituyó uno de los indescifrables misterios que de mayor forma obligaron al posterior estudio de *todas* las importaciones uranianas. El técnico en Reparaciones Robóticas fue la primera víctima terrestre a manos de un ingenio foráneo al Planeta.

—¡Quieto! —gritó—. ¡Alto, *rob*, en segu...!

El autómata cesó bruscamente de moverse y el soplete, impulsado por el retroceso, escapó de sus morenos dedos, rebotando en el suelo. No estaba apagado, y un haz de fuego invisible, abrasadoramente infernal, surgía de su triple boca. ¡Republic sintió la bestial quemadura en una pierna y no consiguió sofocar el alarido!

Al mismo tiempo, algo ocurrió dentro del cerebro positrónico del autómatas, porque sonó un chasquido y uno de sus ojos se apagó para siempre. ¡La vorágine del caos! ¡Algo en lo que sin duda jamás pensó Williams Take ni su especialista Tommy!

Quizá fue un cortocircuito. Una interrupción del *campo* electrónico que animaba sus células autodireccionales, motivado por la seca transición de una marcha *desorbitada* al freno total. Las causas nunca se averiguaron con absoluta seguridad.

Lo cierto, lo espantablemente real, se desencadenó cuando Republic, huyendo con instintivo desespero del calor del soplete, tropezó con el *humanorrobot* y, para no desplomarse, se agarró a él... ¡rodeándole la espalda!

Un doble chispazo azul brotó de sus oídos. Algo que recordaba la descarga de un *cierre* eléctrico. Entonces, salvajemente, el autómatas se apoderó de los brazos del hombre y tiró con saña... ¡arrancándolos igual que si se tratase de endeble astillas! ¡La *furia* iluminó su único ojo! ¡Una locura tan extraordinaria como su propia naturaleza robótica!

El desgarró que produjeron los tejidos al desprenderse fue dolorosísimo y Republic perdió el sentido, cayendo de rodillas. Las manos despiadadas del servomecanismo, rápidas, se apoyaron en su cráneo... ¡y apretaron!

Las sienes se quebraron con crujido de nuez. Entre los dedos resbaló la masa encefálica y rojos goterones sangrientos. El técnico en reparaciones reboticas estaba *muerto* antes de que su cuerpo se desplomase en el suelo. Luego, el supersoplete que seguía funcionando hizo el resto. Al fuego se debió la terminación del macabro trabajo homicida.

Por eso, de Thomas Republic, un hombre risueño y diestro en el oficio, solo pudieron encontrar, abrasados y rotos, pingajos informes que humeaban. ¡Así empezó lo que en la Tierra se conoce por la efímera y dramática rebelión de los *robots* de Urano! ¡El ataque increíble de cinco servomecanismos a los que capitaneaba un monstruo tuerto!

CAPÍTULO VI

¿MÁQUINAS... O SERES VIVOS?

Al pacífico Finegan le cupo en suerte descubrir los espeluznantes restos mortales que correspondían a su camarada Republic. La impresión le dejó al borde de una crisis nerviosa. Pero ello aconteció casi una hora después de que el *humanorrobot* se descompusiese de forma tan brutal, quedando anuladas todas sus virtudes de *selectividad moral* y obediencia absoluta por conciencia del bien.

En la hora intermedia que antecedió al descubrimiento, sucedieron los hechos más fantásticos que una imaginación calenturienta pueda concebir. Hechos inverosímiles y siniestros. Aterradores. ¡Pero que ocurrieron!

El pánico eterno por los productos de Umbriel se inició entonces... y acaso convenga aclarar seguidamente por qué. El autómatas sin tacha, el perfecto *robot*, llevaba grabadas órdenes en sus células. Órdenes inolvidables. Quizá por ello actuó de modo magistral. Fueron muchos los que llegaron a pensar que no se trataba de máquinas... ¡sino de *seres vivos* fabricados por diablos ingeniorrobóticos!

Eran máquinas. Simples muñecos animados de autogobierno. Mas la perfección de que se les dotó en todas sus partes los convertía ahora en rebeldes igualmente perfectos. Un grupo de hombres no habría podido realizar el motín con la frialdad meticulosa y exacta que los autómatas demostraron.

Quizá algunas cosas habrían podido evitarse de actuar bajo control teledireccional. Sin embargo, los *humanorrobots* eran libres, gozaban de autonomía propia y aunque el cerebro del averiado no *razonaba* bajo el mismo prisma de antaño, sus miembros móviles conservaban toda la fuerza, agilidad y resistencia que correspondía a un esqueleto de metal hiperduro recubierto por atractivo *plastosilicón*.

Tal vez el mayor infortunio que esperaba a los terrestres fue su decisiva *influencia* sobre los restantes homónimos. Esto transformó la amenaza de vérselas con una máquina desequilibrada y falta de gobierno en cinco más, igualmente peligrosas bajo los mandatos ultrasónicos del cabecilla.

Los labios que formaban la boca, de materia gomosa contráctil y retráctil, desconocían la modulación de palabras. Los uranianos no se preocuparon del lenguaje, ya que la misión de los autómatas era acatar las vibraciones que procedían del código fonético.

A pesar de ello, utilizando la interno-generación sónica descrita como *zumbido* por los humanos, sus máquinas alcanzaban a producir

emisiones de ultrasonidos capaces de conseguir, igualmente, la grabación en las células positrónicas de obediencia. Un entendimiento mejor que el telepático, porque las ondas ultrasónicas... ¿no son posibles de captación sin el auxilio de instrumentos especiales!

Así pues, el *robot* tuerto se entendía con sus servohermanos a pesar de que ningún oído humano escuchase modulación idiomática.

Nada más abatir al infortunado Republic, el autómatas anduvo vacilante por la Sala de Fundición. Sus movimientos eran tardos y embarazosos. Había una *crispación* tirante en sus partes faciales, igual que si padeciese un indescriptible *dolor* mecánico. La ligera perturbación fue, empero, por poco tiempo. Unos minutos después, sus pasos recobraron el ritmo seguro y el brillo de la solitaria pupila se incrementó.

Volvía a encontrarse *en forma*. Ya no era un servomecanismo idealmente construido para la producción; pero todos sus *reflejos* positrónicos respondían de nuevo a las exigencias de un funcionamiento asombroso.

La tragedia pasó ignorada para el resto de los mecano-operarios que laboraban en la sala. Los supersopletes continuaban funcionando, las planchas soldadas amontonándose sobre la inquieta cinta rodante y persistía la saturación de gases exhaustivos en el ambiente.

Excepto por el montón orgánico que se consumía en medio de malolientes rescoldos, nada parecía haber cambiado. El *humanorobot* anduvo en línea recta hasta colocarse frente al compañero más próximo. Entonces, inaudiblemente, moduló una emisión de ultrasonidos. ¡Transmitía las primeras órdenes!

El efecto fue instantáneo. Poco a poco, mientras la celeridad de trabajo disminuía, el otro servomecanismo apagó el soplete, dejó a medio terminar la magnosoldadura de una junta y se volvió hacia el *tuerto*, mirándole frente a frente, atento... ¡aguardando sus instrucciones!

Ambos, identificados por la afinidad de reflejos celulares, se separaron de la plataforma y caminaron en busca del tercer *humanorobot*, que no tardó en unírseles. Ya no se trataba de un solo rebelde. La influencia nefasta comenzaba a manifestarse y el resultado podía traducirse por una triple *desorbitación*. ¡Tres servomecanismos amotinados! ¡Renunciando a trabajar! ¡A servir a los Hombres! Quizá había sonado ahora... ¡el momento de su revancha!

El trío, unido por su enigmático afán común, recorrió la galería central de la sala. Junto a ellos, insensibles, se movían las brigadas de *robots* que Tim Vogel gobernaba desde el Puesto de Control de su Departamento de Robótica. Aquellos eran viejos mecanismos, torpones, menos eficaces y sin comparación con los de Umbriel... pero siempre *fieles* al Hombre.

Cualquier ingerencia, de producirse, se atajaba radicalmente cortando el suministro del canal teledireccional. Constituían auténticas máquinas *inofensivas*. No podían moverse a voluntad particular. ¿Quién sería capaz de frenar el avance de los *humanorrobots* si la rebelión desembocaba por cauces sangrientos? Sólo había un medio. Responder a la sublevación con las armas. Los destruirían. ¿Y entonces? ¿Qué ocurriría con la producción espacio-cohetal?

Todavía seguían ignoradas sus maniobras por los hombres de la FNE. Nada sabían. Faltaba casi una hora para que Finegan descubriese el cadáver pastoso de Republic. Los tres *humanorrobots* acababan de abandonar la Sala de Fundición y enfilaron hacia la de Ajustes. Allí las grúas, los colosales bastidores y las metaloperforadoras trabajaban sin pausa.

El cuarto compañero de Umbriel oficiaba de *primer ajustador*, dada su notable capacitación. El *tuerto* se colocó a su lado y emitió ultrasonidos. Cinco minutos después, en bloque, un cuarteto de figuras ataviadas con *monos* azul-verdosos dirigían sus pasos por el corredor perteneciente a la importante Sala de Acople.

Los dos *montadores* que armaban turbo-impulsores cohetales y estructuras de estabilización tangencial, inmovilizaron sus manos cuando el *jefe* expandió órdenes inaudibles. ¡Se unieron al cuarteto! ¡Ya estaban reunidos los seis productos de Urano! ¡Los mágicos ingenios que Williams Take ofreció a la FNE como la más grande revelación industrial!

—Fuérceños cuanto quieran —había dicho Tommy—. No hay peligro de que estallen.

—Eso es —convino el gerente de ventas—. Precisamente lo que mi Compañía pretende es que sean probados en empresas donde se les exija el máximo rendimiento. Así podremos averiguar hasta qué punto se eleva el índice de laboriosidad.

Justo. Ya lo sabían. Los *humanorrobots* no estallaban, ciertamente, pero su índice de laboriosidad sufría terribles alteraciones más allá de un volumen de dieciocho *megarrob*. He aquí la verdad. La verdad desnuda y sin propagandas.

El exceso de potencia los *desorbitaba*. Mas no del mismo modo que a los *robots* comunes. A éstos los dejaba inmóviles, inservibles. A los de Umbriel los convertía en *rebeldes*. ¡Y no sólo eso! ¡Un rebelde podía conseguir incontables adeptos valiéndose de la influencia ultrasónica! ¡Era un agitador persuasivo y tiranizante!

Seis máquinas. Seis instrumentos ciegos al bien y a la conciencia moral. Anulada la *selectividad* y ansiosos de un desquite. Toda la obediencia, la sumisión y facilidad operadora se convertían en crueldad, astucia y sed de venganza. ¿Por qué? Acaso sólo los

constructores de Urano podían responder a la pregunta.

Tal vez pensaron que los seres humanos jamás se atreverían a forzar el rendimiento de los mecanismos más allá de los veinte *megarrob*. No tenía objeto estropear una obra perfecta por el estúpido placer de verla correr, congestionarse, producir aprisa, más aprisa... ¡y todavía más!

Los Humanos eran capaces de cualquier estupidez. La ambición los dominaba. Nunca estarían satisfechos... a menos que pasasen a la condición actual de Republic. ¡Y es muy probable que pasasen al fin!

Seis muñecos caminaban ahora hacia la Central de Registros Electrónicos. Media docena de audaces revolucionarios. Una idea fija saturaba su cerebro positrónico y daba extraña expresión a los rostros de carne sintética. No podían dejar nada al azar y el *tuerto* se reveló como un jefe táctico insuperable.

Uno de ellos quedó de guardia junto al elevador. Otro tomó posiciones frente a la salida de emergencia. Los cuatro restantes, con sigilo, cruzaron el sector ocupado por la célula fotoeléctrica y —al quedar interrumpido el campo magnético— la corredera de seguridad se deslizó suavemente. ¡Vía libre para los amotinados!

La Central de Registros Electrónicos venía a ser algo así como el centro nervioso de la Fábrica Nacional de Espaciocohetería. De allí partía todo el fluido generador y la vasta red de telecomunicaciones interiores. El *tuerto*, acaso por intuición, bajó a un tiempo dos palancas clave. Las fases de *cierre* y *potencia*. Brilló un chispazo cárdeno... y cinco cubículos-registro se fundieron. Aunque entonces nadie lo sabía aún, en la Sala de Nivelación todos los *robots* dejaron de trabajar y medio centenar de estatuas metálicas se *petrificaron* instantáneamente.

Luego, en sucesión constante, fue *fundiendo* los registro-cubículos de las otras dependencias fabriles. Una vez más demostró su hiperfastuosa capacidad de destrucción, en yuxtapuesta contrapartida al fabuloso sentido constructivo de que le dotaron antes de la avería. No tocó para nada el registro de la iluminación. Un *recuerdo* grabado en sus células selectivas le previno de que los Hombres sospecharían que algo anormal sucedía desde el momento que se produjese la oscuridad total.

Fuera de la fábrica, en el Cuartel de Protección que rodeaba la instalación para impedir la entrada a todo extraño, quedó interrumpido el *contacto electrónico*. Nadie podía saberlo a no ser que sometiese a comprobación funcional las delicadas partes del *cordón de alarmas*.

La incursión a la Central Electrónica motivó el aislamiento de los seres vivos con el exterior. ¿Quién había dicho antes que el plan de superación impuesto por Dan Canfield equivalía a sentirse como *prisioneros*? ¡Ya lo eran! Algo más que eso. ¡Sentenciados por un juez

tuerto y sus verdugos servo-mecanizados!

Un grito escalofriado resonó entonces en todo el ámbito de la Sala de Fundición. Los gases se habían ido disipando, absorbidos por los giro-aspiradores del techo, y ningún sonido turbaba el silencio extradenso que imperaba allí. Cintas paradas, sopletes volcados, robots quietos y en posiciones inacabadas... Un montón que humeaba entre restos de tejido orgánico y jirones de tela. ¡Una mano chamuscada y un brazo arrancado de cuajo! ¡Los despojos de Republic!

Finegan, sintiéndose vacilar, tuvo que apoyarse en el primer saliente que encontró cerca. Luego, dilatadas las pupilas y palidísimo el rostro, gritó de nuevo, agudamente, sin medida, hasta que le falló el resuello y quedó atragantado, tosiendo con espasmódica violencia.

Playton fue el segundo en llegar al lugar del horroroso suceso. Para hacerlo tuvo que atravesar la Sala de Pesaje, donde ya advirtió el cese general de trabajo. ¿Por qué? ¿Es que Tim Vogel no había reparado en la interrupción de servicios?

El rubio y dinámico Playton se vio obligado a abofetear repetidas veces a su incondicional amigo, porque Finegan era presa de un fortísimo ataque de nervios. Antes de que consiguiese devolverlo a la normalidad, apareció Dan Canfield. Había corrido y respiraba igual que un viejo fuelle de compresión neumática.

—¡Por Dios vivo! —barbotó—. ¿Nos hemos vuelto locos todos?

—No me atrevo a negarlo —replicó Playton—. Lo que os espera puede ser peor que la locura misma —señaló el montículo con dedos trémulos—. Mire, Canfield. *Eso...* ¡eso era Republic!

Finegan volvía a la conciencia. Entrecortadamente, tartajeando, explicó su impresionante hallazgo. Dan Canfield se puso casi tan pálido como él y recorrió con los ojos la vastedad de la Sala de Fundición, silenciosa pese a la multitud de ocupantes. Parecía *muerta*. Un recinto letal. Luego, derrumbado moralmente, abatió la cabeza.

—Han sido *ellos* —apuntó Playton—. No se les ve por parte alguna. ¡Son los autores de este desastre!

No nombró a quiénes se refería; pero tal omisión apenas desvirtuó el terrorífico significado de la acusación. Estaba claro. Era evidente como un impacto directo en pleno rostro. Se estremecieron.

—Algo ha ocurrido también en el Puesto de Control —añadió—. Nuestros autómatas no funcionan... ¡Voy en busca de Tim Vogel!

—¡Espere! —gritó Canfield demudado—. ¡No seamos insensatos! Esto es grave, Playton. Estoy *seguro* de su gravedad. Jamás el hombre ha sido atacado por sus propios servomecanismos, pero ahora nos encontramos ante una clase de máquinas extraterrestres, producidas en un Planeta ajeno al nuestro... ¡y sólo Dios sabe con qué fin!

—¿Le asusta la idea?

—Sí —admitió el director—. A cualquiera aterra lo desconocido. Y a fin de cuentas... ¿qué sabemos nosotros de las importaciones de Umbriel?

—Nada... ¡excepto lo que quiso decirnos ese pigmeo de Williams Take! ¡El diablo le confunda!

—¡Campo experimental! —exclamó Finegan, como despertando de un mudo éxtasis—. ¡Ésta fue su expresión! La próxima vez que le eche la vista encima he de decirle un par de cosas sobre su *experimento*...

—Si perdemos la calma será peor —atajó Playton—. Hay que actuar... ¡y deprisa! Tim Vogel puede hallarse en peligro. Creo que debemos cerciorarnos en vez de malgastar el tiempo con lamentaciones.

—¡No se mueva de aquí! —insistió Canfield—. Si *ellos* andan sueltos por la fábrica nadie es capaz de imaginar sus intenciones. Recuerde que pueden ir armados de sopletes y sucederles lo mismo que a Republic. ¡Prevengamos antes a nuestros camaradas! Sigamos unidos y nuestra fuerza quedará triplicada. Solos... no somos nada. Ante todo, hay que avisar a los demás. ¡Llame a Trimmer! Está con su novia en el despacho...

Los ojos de Playton relampaguearon.

—¡Ese estúpido! —masculó—. ¿Cómo se le ha ocurrido traer una mujer a la fábrica?

—No se precipite en sus juicios, Playton. Fue Eva Sunning quien me pidió autorización para entrar. ¡Dejemos la discusión! Avísele enseguida. Ahí tiene un aparato *intercom*.

Finegan se había sentado sobre el borde de una plataforma. Parecía idiotizado. Sostenía la barbilla entre las palmas de las manos y sus pupilas turbias, acuosas, miraban insistentemente los negruzcos restos mortales de Republic. Dan Canfield se interpuso en medio, para ocultarle la macabra visión.

—Cálmese —rogó—. Esto ya no tiene remedio. ¡Por favor, Finegan! ¡Su actitud es desesperante!

—Quizá hemos ido demasiado lejos —musitó—. Esto es un castigo.

—¿Qué tonterías está diciendo?

—No son tonterías... ¡Usted y su ingeniosa *superación*! ¡Más rápido, más rápido, más rápido...! ¿Por qué no les habla de rapidez a esos pedazos de carne carbonizada que pertenecieron a su técnico en Reparaciones Robóticas?

—Yo no he tenido nada que ver con su muerte. ¡Lo desintegró una máquina!

—Sí. Pero antes lo descuartizó, lo hizo a trozos... ¡Se vengó con él de los padecimientos que usted los obligó a sufrir por culpa de la

condenada fiebre...!

—¡Cállese! Está perturbado. ¡Habla de *ellos* como si fuesen semejantes! Si vuelve a repetir otra majadería así...

—¡Canfield! —Playton, duro el rostro y crispados los puños, hablaba desde el ángulo que ocupaba el *intercom*—. ¡No funciona! ¡Es imposible teleconectar con Asesoría Técnica!

—¡Pruebe de nuevo!

—Inútil. Hace varios minutos que insisto. ¡Estamos incomunicados!

Los tres, sacudidos por la misma clase de atroz presentimiento, dirigieron la vista al apagado *intercom*. Después, sin preocuparse de disimular su turbación, se miraron entre sí. ¡Qué horrible contundencia la de aquellas dos palabras! No podían avisar a nadie. Sería necesario trasladarse de un lugar a otro para reunir a los dispersos miembros de la FNE. ¡*Estamos incomunicados!* ¿Qué amenaza gravitaría ya sobre Tim Vogel, Walter y Eva Sunning, ignorantes de la catástrofe cuyas consecuencias resultaban incapaces de prever?

—No... no me atrevo a creerlo —balbuceó Canfield—. ¡Es absurdo! ¡Lo rechazo de plano!

—Fueron los *humanorrobots* —suspiró Finegan—. ¿Se da ahora cuenta? ¡Esto tiene todo el aspecto de una rebelión con fines vengativos!

—¡Cierre la boca de una vez!

—Califíquelo de absurdo si le place —intervino Playton—. De cualquier forma no puede por menos que admitir la *realidad* de los hechos. Republic ha muerto. Los mecano-operarios no trabajan. Las intercomunicaciones han sido interrumpidas...

—¡Son *robots*! —se encrespó el director—. ¡Es imposible que *piensen*!

—Creo que nosotros hemos ido *moldeando* su pensamiento —meditó Playton—. Nuestra voz ha grabado en sus cerebros positrónicos órdenes cuyo significado los obligó a actuar de modo semejante al humano. Los fuimos adiestrando, mostrando unas enseñanzas que asimilaron poco a poco y ahora...

—Ahora los discípulos se amotinan contra sus maestros —completó Finegan—. ¡No saldremos vivos de aquí!

—Claro que saldremos —refutó Dan Canfield—. ¡Cuando nos convenga! Lo único que me humilla es apelar a la huida por causa de unos mecanismos idiotas. ¡No podrán quitar de mi cabeza la idea de que sufrimos un tremendo error! ¿Por qué achacarles la muerte de Republic? ¿Es que han descartado la posibilidad de una desgracia, de un accidente...?

—¿Y *ellos*? ¿Quién los alejó de la Sala de Fundición? ¿Por qué se han detenido los *robots*? ¿Cómo es que Tim Vogel...?

—Basta, Playton. Movámonos y saldremos de dudas.

—Ésa fue mi primera intención. ¡Corramos al Puesto de Control!
¡Algo se aclarará en medio de tantas tinieblas!

Canfield y Playton, nerviosos, enfilaron sala adelante a buen paso. Finegan los siguió medroso, mirando recelosamente a su espalda. Siempre habían creído que la FNE era como su propia casa. Que conocían todos los secretos y cada rincón. Pero entonces, afectados por los incomprensibles y vertiginosos acontecimientos, creían recorrer las dependencias por primera vez.

De cualquier escondrijo podía surgir, incontenible, una de las maravillosas máquinas de Urano... ¡y quizá vertiese sobre ellos el fuego invisible y desintegrante de los supersopletes para fundición *espacio-estáñica*! El peligro los envolvía. ¿Cómo iban a luchar cinco indefensos hombres, cuyo organismo rebosaba de puntos frágiles, contra media docena de autómatas ávidos de desquite? ¡De desquite! El pensamiento empezó a cristalizar, dejando un poso amargo que envenenó su razón.

No fue necesario que llegasen hasta el Puesto de Control propiamente dicho. Tim Vogel acudía en su busca con cara de alarmada perplejidad. El encuentro se realizó al pie de la espiroescalara de emergencia, un vehículo de descenso que nunca se usaba para abandonar la torre de cúpula transparente, puesto que el cómodo elevador lo suplía con ventaja.

—¿Cómo ha tardado tanto en aparecer? —espetó Canfield luchando por dominar su ira—. ¡Ha perdido un tiempo precioso utilizando la...!

—¡No hay forma humana de poner en marcha el elevador, amigo! —gruñó el encargado del Departamento Robótico con idéntico mal talante—. Quizá ustedes, que vienen en comisión, puedan explicarme a qué diablos se deben tales deficiencias. Arriba tengo los controles parados, completamente secos. No lograría ni teledirigir un mosquito artificial.

—¡Vogel! ¿Está en su sano juicio?

—No hay más que unos seiscientos peldaños hasta la torre. ¡Suba y compruébelo por sí mismo, señor Canfield! ¡A lo mejor consigue demostrarme que entiende lo suficiente de electromecánica como para aprobar el examen de ingreso en la Academia Elemental!

—No es momento de chanzas, Tim —advirtió Playton.

—Supongo que no. ¡Vaya unas caras, muchachos!

—Han matado a Republic —añadió sin circunloquios—. Fíjate. *Lo han matado*.

—¡Dios! ¡Qué noticia! —susurró enfáticamente—. Palabra que estaba en ayunas sobre la desgracia.

Le informaron rápidamente, en tono conciso y tajante, sin

extenderse demasiado en los lúgubres detalles. Acto seguido, cada vez más intranquilos, se encaminaron al despacho correspondiente a la Asesoría Técnica.

Los *humanorrobots* estaban entonces replegándose para acordar la línea de ataque. El *tuerto*, emitiendo ultrasonidos, grababa instrucciones despiadadas.

Pero nadie que no fuese ellos —o asistiese a la fatídica asamblea provisto de un *ultracatalizador*— lograría captar el menor ruido. Por ello, aunque los cuatro hombres cruzaron cerca del lugar que eligieron para planear su actuación, ninguno llegó a sospecharlo siquiera.

Walter Trimmer y Eva Sunning continuaban —por fortuna— en el despacho. Acababan de dar término a la cena fría y los dos parecían de excelente humor. La tumultuosa irrupción y la infausta nueva de que eran portadores los dejó paralizados de estupor. Eva, especialmente, tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para controlar sus desatadas emociones.

—¡Qué horror! ¡Salgamos cuanto antes de aquí!

—Todavía no —contestó Walter, oprimiéndole alentadoramente los hombros—. Supongo que el señor Canfield será partidario de efectuar un registro minucioso... ¿Me equivoco?

—Pues... —Dan comprimió los labios, indeciso—. Creo que los *humanorrobots* se han hecho dueños de la situación. Convendría... convendría dejar el asunto en manos autorizadas.

—Dígalos sin rodeos —rezongó Vogel—. Lo que pretende es avisar a la Fuerza de Protección. Siempre le ha gustado que los demás le saquen las castañas del fuego.

—En esta ocasión... —empezó Playton— los gustos están reñidos con la realidad. ¿Cómo quiere avisar al Cuartel? Si no hay *contacto electrónico*, tampoco existe *cordón de alarmas*. Tenemos que salir *por la puerta* o quedarnos aquí igual que ratas atrapadas. Lo siento... lo siento por la señorita Sunning. Ella está corriendo un riesgo que podía haberle evitado cierta persona si hubiese demostrado poseer dos gramos de inteligencia.

Los músculos de Walter se tensaron, duros, bajo el ajustado tejido del traje.

—¿Quieres ofenderme deliberadamente, Playton? —preguntó con voz fría.

—¿Tengo yo la culpa de que una mujer se encuentre entre nosotros?

—Nadie tiene la culpa —se anticipó Eva mirando a Playton con ojos ardientes—. Y menos que nadie Walter. Vine por mi propia voluntad, ya lo sabe. Pero no me pesa. ¿Lo oye? Si algo malo nos tiene que ocurrir prefiero sufrirlo al lado del hombre a quien amo. ¿Desea saber algo más?

—Perdone, Eva, pero...

—Es Walter quien debe perdonarle. A mí no me ha ofendido. No ofende *todo el mundo*, aunque se lo proponga.

—No discutamos, por favor —pidió Dan Canfield—. Pensemos. Hay que meditar despacio. Existirá un medio para evadirse de aquí.

—Piénselo, director —apuntó Vogel—. Y ruegue para que los *humanorrobots* no hayan reparado en él.

—Es inútil —negó Finegan, que seguía abatido y descorazonado—. Quieren vengarse. Han tenido oportunidad de escoger el momento propicio y no dejarán asidero alguno al que agarrarse. Aislados del resto del planeta, sin *contacto electrónico*, encerrados en esta cárcel inmensa...

—¿Qué opina usted, Trimmer? —inquirió Canfield volviéndose esperanzadoramente hacia Walter.

—Aún no he formado opinión. Confieso, sin embargo, que la tragedia me ha sorprendido menos que a ustedes. Yo tuve una fatal premonición desde el principio... y ya le expliqué mi pesadilla que tanta gracia le produjo. Son listos esos muñequitos de Umbriel.

—Parecen criaturas racionales —rumió Finegan—. Han pensado en todo, hasta invertir los papeles. Nosotros somos ahora sus esclavos.

—Esperemos a ver lo que pretenden. Si buscan nuestra perdición ofrecerán alguna señal delatora. Sugiero que nos calmemos un poco antes de actuar.

—Walter tiene razón —afirmó Tim Vogel—. No conduce a nada dejarse ganar por el desespero.

Todos asintieron, mohínos. Necesitaban una solución... ¿Cuál? ¡Cuánto habrían dado por conocerla enseguida! ¡Pero no lograban dar con ella! Y así, refugiados en el despacho de Walter Trimmer, dejaron pasar las horas inciertas que marcaron la fase inicial del motín robótico. Mientras tanto los autómatas de Urano, pacientemente, esperaban su oportunidad. Una oportunidad sádica e ingeniosamente estudiada.

Los humanos comían y bebían. Necesitaban, pues, alimentos y agua. Ambas cosas se hallaban al alcance de la mano, en la cocina automática de la FNE. Caerían en el cepo uno a uno. Sin remisión. Hasta correr la misma suerte que Thomas Republic.

En realidad, eran máquinas... pero, vista su sorprendente actuación, no podía extrañar que alguien se preguntase, sobrecogido de espanto: ¿No serán acaso extraordinarios seres vivos de una no menos extraordinaria raza oculta en los confines de Urano? ¡El pánico es el mayor incentivo que existe para desatar las prevenciones mentales de las personas!

CAPÍTULO VII

HOMBRES Y AUTÓMATAS

Los cinco hombres y Eva Sunning apenas habían variado de posición en el transcurso de unas dos horas. En el exterior, por arriba de las ciudades subterráneas del planeta Tierra, era ya noche cerrada, de cielo negro motejado por millones de estrellas rutilantes.

Allí dentro, en la fábrica, también imperaba la noche. Noche en el alma de los reunidos. Sombras tenebrosas en torno al corazón y al cerebro. Incertidumbre. Temor no confesado, pero sentido.

—Así no podemos seguir —comentó, de súbito, Playton—. ¡No es propio de los hombres que acepten sumisamente la esclavitud impuesta por sus máquinas!

—Hermoso discurso —sonrió Vogel—. ¿Es para que alguien lo grave al pie de tu mausoleo?

—Es para que, todos a una, decidamos de una vez acabar con esta absurda postración en la que voluntariamente nos hemos hundido.

—Estamos pensando, Playton —dijo Dan Canfield—. Buscamos la salida ideal para el laberinto. ¿Es que usted la ha encontrado ya?

—La salida está fuera del despacho. Cuanto más tiempo transcurra, peor. Hay que lanzarse a la aventura, enfrentarnos abiertamente con las máquinas —Playton se puso en pie—. Y es lo que voy a hacer. ¿Alguien está dispuesto a seguirme?

—Espera, Playton —aconsejó Walter—. ¿Adónde encaminarás tus pasos? Creo que conviene trazarse un itinerario antes que vagar sin rumbo fijo. Enumeremos los lugares donde puede ser necesaria nuestra intervención. Comienza. ¿Cuál es tu objetivo?

Playton no replicó. ¿Es que no tenía objetivo? Vogel y Canfield miraron a Trimmer, interesados por su sensata intervención. Eva le oprimió la mano, como un signo de adhesión incondicional hacia él en todos sentidos. Respecto a Finegan, callado y hosco, no acusó la menor reacción. Cuanto le rodeaba parecía haber perdido consistencia en torno a él. La primitiva impresión le tenía anulado.

—Los hechos se encadenan de forma que convergen en un punto básico: la Central de Registros Electrónicos —amplió Walter—. En este punto se unen mis reflexiones. La han estropeado, fundiendo los resortes para la canalización de energía. Ignoro qué diabólico impulso los guió hasta allí. Lo cierto es que nos han asestado un golpe mortal en pleno corazón, a la par que acertaron con el Talón de Aquiles de la FNE.

Abrió una pausa. Se hallaban pendientes de su voz. Luego,

lentamente, continuó:

—Sin *contacto electrónico* no puede funcionar el Puesto de Control, y por ello nuestros *robots* se encuentran inmovilizados. Tampoco es posible utilizar el *cordón de alarmas* y la Fuerza de Protección permanecerá ajena al apuro que atravesamos. Aunque transcurriesen varios días no enviarían a nadie para cerciorarse de nuestro estado. Desde hace bastante tiempo, por causa de los pedidos urgentes del Departamento, venimos estableciendo turnos intensivos. Hasta hemos llegado a quedarnos día y noche en la fábrica. No se extrañarán, pues, aunque transcurra tiempo sin ver salir personal. Además, tampoco podemos abandonar las dependencias. Los portales han sido cerrados y no hay medio material de abrirlos sin *contacto electrónico*. Así expuestas las cosas, repito la pregunta de antes: ¿Adónde vas, Playton?

—A echar un vistazo. ¿Es suficiente? No me cabe duda de que algo ha ocurrido con *uno* o varios de los autómatas. Aunque es absurdo admitir que sea con *todos*. Sus células autodireccionales han sido ideadas para obedecer el mandato acústico del hombre. Bien. Haré la prueba con el primero que me salga al paso. Por eliminación, llegaremos a separar los averiados de los que siguen en buen funcionamiento. No resisto el encierro ni medio minuto más.

—La idea no es mala, lo reconozco.

—No es mala —repitió Canfield—. ¿Vamos a ponerla en práctica?

—Inmediatamente —afirmó Playton—. Si ustedes tienen reparos en salir de este agujero, lo haré yo solo. Me basto para ello. Por otra parte, aun suponiendo que las circunstancias nos obliguen a seguir encerrados en la fábrica, necesitamos proveernos de alimentos y agua. El *cerco* —vamos a llamarlo así— se prolongará indefinidamente, ya que los autómatas no se ven acuciados por necesidades físicas. ¿Comprende mi punto de vista? La prueba es imprescindible y está motivada por numerosas razones.

—Conforme. No quiero que veas en mí propósitos de obstaculizar. Te acompañaré.

—Tú no, Walter —negó Playton—. Ella sufriría demasiado —explicó, señalando a Eva Sunning con un movimiento de barbilla—. Quizá cualquier otro de los presentes...

Recorrió de una ojeada a los reunidos. Canfield se hizo el desentendido y Tim Vogel, sonriendo irónicamente, negó a suaves cabezazos. «No expondría el pellejo mientras pudiese evitarlo, replicó. No tenía ninguna prisa por salir de allí. Aquellas dos horas le habían servido para recordar que su esposa e hijos dependían enteramente de él.» Finegan seguía ausente. Era fácil advertir que no participaba de la conversación porque sus amargos pensamientos le aislaban del ambiente opresivo que ocupaba el despacho.

—Iré yo —repitió Playton con resolución—. Soy el único que parece en condiciones de intentarlo.

—También yo estoy en condiciones —contestó Walter Trimmer.

—¡No! —exclamó Eva impulsivamente—. ¡No salgas de aquí, cariño! ¡Hazlo por mí!

—Bueno, bueno... —masculló él—. ¿A qué vienen esos gritos? No consentiré que Playton salga solo a exponerse por todos nosotros. Sería una actitud injusta...

—Y yo no permitiré que me acompañes —rechazó Playton—. Quizá nos estamos alarmando sin motivo. Cuando encontramos los restos de Republic, nos trasladamos hasta el Puesto de Control, y luego, acto seguido, vinimos a la Asesoría. ¡No vimos el menor indicio de *humanorrobots*! ¿Por qué hemos de inquietarnos antes de tiempo? Quizá estén ocultos, y más atemorizados que nosotros, en cualquier rincón de la fábrica.

Playton anduvo hacia la puerta. Canfield y Vogel se miraron, pero ninguno de los dos abandonó la pasiva actitud. Sí. Tenían miedo. En realidad, todos se sentían afectados por la situación. Walter lo detuvo antes de que accionase la corredera de mano.

—No insistas —dijo Playton—. Eva nos contempla con el alma en un hilo y tienes que hacerte cargo —le ofreció la diestra—. Perdona lo que dije antes... dejándome arrastrar por un enojo imbécil.

—Lo olvidé enseguida.

—Hasta luego. No ocurrirá nada.

—De todas formas... esperaré una hora —prometió Walter—. Si no regresas en ese tiempo, saldré a buscarte.

—Espera hasta el amanecer por lo menos —susurró el espacio-ingeniero—. A ti puedo confesarte que mi verdadera intención es salir de la fábrica y ponerme en contacto con las Fuerzas de Protección. Después, trataré de hablar con Williams Take, porque quizá conozca el medio de resolver la pasajera *locura* de esos servomecanismos. En esto invertiré más tiempo que una hora, ¿no crees?

—Bien. Que sea hasta el amanecer. Pero si te acompañase...

—Prefiero ir solo. Un hombre pasa desapercibido y en los talleres abundan los escondites. Será sencillísimo.

—Suerte —deseó Walter estrechando con vigor la mano.

—La tengo. Siempre fui afortunado... aunque no tanto como tú.

La despreocupada sonrisa de Playton quedó flotando en el aire hasta mucho después de que la corredera fuese cerrada por dentro. Algo semejante a un soplo tranquilizador había entrado en todos los corazones vista la resuelta actitud del técnico. Aquel musculoso gigante rubio tenía la suficiente confianza en sí mismo como para contagiar a los demás.

La espera no poseyó nada de agradable. El silencio era tan intenso

que ensordecía paradójicamente. Nunca existió otro igual en la FNE, donde imperaba el constante gruñir de los sopletes, grúas, máquinas de espacio-cohetería y el incesante rebullir de autómatas telecontrolados. Pero la anormalidad afectaba todos los órdenes habituales, creando una nueva atmósfera a la que ciertamente no estaban acostumbrados.

La fatiga física producida por el trabajo del día y las emociones corridas durante la última fase de él, no tardaron en pesar decisivamente. Finegan fue el primero en entregarse al reposo. Su respiración se hizo rítmica y no tardó en conciliar el sueño. Envidiaba comprobar su total evasión del problema. Acaso se solazaba en el sueño, con ideas ajenas por completo al drama vivido poco antes.

Canfield se mantuvo despierto hasta medianoche. Al fin, doblado de cuerpo en el sillón que ocupaba, durmió de un tirón hasta el amanecer. Vogel hizo esfuerzos por mantenerse espabilado. Esfuerzos inútiles, desde luego. Sus ronquidos atronaron a intermitencias.

Walter Trimmer seguía desvelado, dando vueltas en la cabeza a una serie de conjeturas espinosas. ¿Hasta dónde habría logrado llegar Playton? ¿Se encontraría ya cerca de los portales de salida o forzando algún ventanal para introducirse por él y ganar el exterior? Ahora, más que nunca, lamentaba haberle dejado partir solo. Se recriminaba por la debilidad que le obligó a ceder ante el capricho de Eva. ¿Debía tildarlo despectivamente de capricho? Puede que su intuición...

Las impresiones adversas sobre los *humanorrobots* que sustentó antes, se habían acentuado. Era una verdadera fobia odiosa lo que sentía por ellos. Aunque lo deseaba, resultaba imposible alejar de la imaginación el espectáculo del día de la prueba, y volvía a ver el autómata con los ojos relampagueantes, congestionado, y el mechón de cabellos batiendo sobre la frente morena de *plastosilicón* fibroidal.

Aquel trabajador colosal se transformaría, llegado el caso, en un criminal insaciable. Se lo imaginaba clavando los sólidos dedos en la garganta de un ser humano, oprimiendo hasta quebrarle el cuello. ¿Y luego? Canfield dijo que Republic fue despedazado.

Uno de los brazos apareció arrancado de cuajo desde la altura del hombro. ¡Infrabestial!

El suspiro de Eva le cortó el hilo de los pensamientos. Ella dormía también. Un sueño desasosegado, inquieto; estremecida a veces. Tenía la cabeza descansando sobre los muslos de Walter. Podía ver su perfil atractivo y las rizadas pestañas que ribeteaban los párpados cerrados.

Delicadamente, cuidando de que no la sobresaltase, pasó las yemas de los dedos por la tersa frente, apartándole los dorados rizos. ¡Eva! Fue a la fábrica para darle una alegría, para estar unas horas juntos ya que el trabajo les impedía verse... ¡y acabó metida en el mismo atolladero reservado para los técnicos!

Todo ello por causa de unos productos importados de Umbriel a los que se suponía, teóricamente, inalterables a cualquier forzamiento. Pero... ¿eran ellos los culpables reales de la situación? Tal vez, en el fondo, los verdaderos culpables debían buscarse entre cuantos se hallaban en el despacho. ¿Y Playton? ¿Habría logrado ya su propósito? ¡Oh, cómo aturdí el extenuante círculo vicioso de su imaginación!

Así transcurrió la totalidad de la noche, zarandeado por un debate sordo entre las responsabilidades humanas y la discutible culpabilidad delictiva de unos mecanismos extraterrestres. La iluminación seguía brillando, pero la señal climática del medidor que detectaba la influencia solar en la superficie del planeta, así como el fatal decurso de las horas, le convencieron de que el amanecer había llegado. Otro día. Otra jornada que podía ofrecérseles repleta de enigmas.

Poco después, despertando unos tras otro del sueño, volvieron los interrogantes, ahora no sólo planteados por su mente sino por la ansiedad de cuantos vivían el insólito cautiverio. En los rostros se reflejaba el anhelo. No un anhelo vulgar. Era el ansia típica y desesperada de los condenados a muerte.

—Carecemos de noticias —manifestó, muy nervioso, Dan Canfield—. ¿Qué habrá sido de Playton?

—Hace rato que estoy pensando lo peor —confesó Tim Vogel—. Fue un loco.

—Alguien debía intentarlo —disculpó Walter—. Nosotros hemos sido los locos al permitirle salir. ¿Qué puede hacer un hombre solo? ¡Conteste usted, señor Canfield! ¡Un director debe conocer todas las respuestas! ¡Nuestro deber era acompañarle!

—¿Qué le pasa, Trimmer? ¿Ha dormido mal?

—Peor que eso. No he dormido nada. Playton tuvo razón. ¡Somos unas ratas atemorizadas! ¡Hombres asustados por autómatas!

—Ha pasado un tiempo más que suficiente para recorrer la fábrica de punta a punta —rezongó Vogel—. Si no regresa, me inclino a creer que debió sufrir un contratiempo.

—¡Tendremos que salir a buscarle!

—Esas máquinas se han convertido en peligrosos asesinos, Trimmer. Gustaron el placer de matar con Republic y harán que corran la misma suerte todos los hombres que caigan en su poder. ¡Quedémonos aquí! ¡Nos descuartizarían irremisiblemente!

—Conforme —Walter los miró con desprecio—. Por lo visto les encanta el cerco. A mí, no. ¡Iré en su busca!

—¡Walter! —gritó Eva Sunning, que asistía con pupilas dilatadas al cada vez más violento curso de la discusión—. ¡No vayas! —pidió, aferrándose de su brazo—. ¡Presiento que Playton ha dejado de existir!

—También lo presiento yo...

—¿Entonces...? ¿A qué exponer la vida por una causa perdida? ¡No me abandones, Walter! ¡Te lo suplico!

—Escucha, nena. El riesgo que corremos, incluida tú, se está prolongando con exceso. La tragedia se originó anoche, sobre poco más o menos las ocho. Son las siete de la mañana. ¡Once horas de encierro y sin resolver nada!

—Playton quiso intentar la solución. ¿Qué ha conseguido?

—Nadie conseguirá otra cosa —sentenció Finegan hablando por primera vez—. Lo dije al principio. Es el desquite de las máquinas... ¡y no cejarán hasta exterminarnos!

—¡Oh, cállense! —gritó Canfield—. ¡Oírles es una tortura mayor que saberse prisionero!

Eva se había abrazado a Walter estremecida de horror, y sollozaba con el rostro hundido en su pecho. Los segundos corrían, transformándose en plúmbeos minutos rezumantes de angustia. El joven le acarició los cabellos mientras pensaba en el dilema. Para nada podía contarse con Vogel, Finegan y Canfield.

Se arrimaban al margen por voluntad propia. No lucharían. Respecto a él, que deseaba ocupar la brecha dejada por Playton... ¡allí estaba el freno de Eva, reteniéndole con frenética posesión!

—No llores —pidió—. Todavía aguardaré un poco más.

—¿De veras, Walter? ¿Me lo prometes?

—Prometido. Esperaré... hasta el mediodía.

El plazo no era largo, pero bastó por el momento para calmar la zozobra de la muchacha. ¡Qué lentas y agobiadoras se deslizaban las horas! Solos, acurrucados en el precario bastión del despacho, resultaba insufrible la espera.

Entretanto, como dueños absolutos de un país recién conquistado, los seis *humanorrobots* de Urano se paseaban a capricho por las dependencias de la FNE. ¿Tendría razón Finegan? ¿Era aquello un motín encaminado a labrar la venganza de las máquinas sobre los seres que las construían para explotarlas en beneficio propio?

Al mediodía persistía su estado de alarmante ignorancia. Sin noticias de Playton, Canfield paseaba por la estancia igual que un felino enjaulado, impotente. Vogel, tumbado en el suelo, había conseguido volver a dormirse. Finegan permanecía mudo. Eva Sunning, calladamente, pugnaba por sofocar las lágrimas que sin cesar resbalaban a lo largo de sus mejillas. Cuando Walter se movió, para variar de postura, ella le miró rápida, arrasados los ojos y crispada la boca de labios coralinos.

—¿Dónde vas? —inquirió, excitada—. ¡Por Dios, Walter, te ruego...!

—Tranquilízate. Quiero apurar el cáliz hasta el final, para

convencerme de que deberé actuar sin contemplaciones.

—¿No piensas salir?

—No pienso salir... aún.

—No lo hagas nunca. Alguien vendrá a salvarnos. ¡Ya lo verás! En el exterior se darán cuenta de...

—Lamento decepcionarte, pequeña; pero aunque se diesen cuenta tardaría bastante en llegar la ayuda —replicó él con cierta crudeza—. Los portales electrónicos no funcionan *desde fuera*. Sería necesario que volasen la entrada con explosivos nucleares. La solución ha de partir de nosotros mismos. Si no colaboramos, los del exterior no podrán otorgarnos auxilio.

—Pero...

Walter selló sus labios, posando sobre ellos el índice.

—Trata de descansar y no caviles —recomendó—. Yo pensaré por los dos. Hace poco se me ocurrió una buena idea. Tendré que redondearla... hasta salvar los inevitables puntos flacos.

Transcurrió toda la mañana y dio principio la tarde. Sí. Seguían encarcelados. Recluidos en un bonito calabozo llamado Asesoría Técnica.

Los inconvenientes planteados por el prolongado encierro empezaban a manifestarse en ellos. Eran seres humanos. Frágiles y quisquillosos seres humanos. Aparte de la alteración nerviosa y emocional que los dominaba, se presentaron, una tras otra, las consabidas... necesidades físicas.

Sus estómagos reclamaban alimentos. Y tenían sed. Una sed abrasadora, igual que si las entrañas se hallasen devoradas por un violento incendio. Walter callaba ahora... y sonreía. La reacción no tardaría en presentarse y entonces, forzados por la privación, seguirían el ejemplo que marcó el *loco* Playton. Aunque quizá —y ello le inquietaba— las supermáquinas de células autodireccionales ya habrían contado con semejante eventualidad.

Llegó la noche. ¡Un día completo sin moverse de la espantosa cárcel! Le admiraba la entereza de ánimo con que Eva resistía las fatigas. No podía decir lo mismo de los demás. Aquella noche —como pudo comprobar Walter— ninguno de todos logró conciliar el sueño. Y el amanecer, marcando treinta y cinco horas de completo encierro, significó un asomo de liberación.

—Tengo la lengua convertida en un pedazo de corcho —señaló Tim Vogel con voz ronca.

—En la cocina hay toda el agua que necesitamos —recordó Walter—. Está esperando a que alguien vaya a tomarla. ¿Te atreves a ello, Vogel?

—¿Y las máquinas? ¡Están ahí afuera!

—O quizá se han cansado de esperar —sonrió el joven asesor—.

Podríamos intentar...

—¡No le escuche! —ordenó Canfield—. ¡Pretende embaucarle!

—¿De veras? —Walter repitió la sonrisa—. No busco tal embaucamiento. La sed nos domina a todos... y también el hambre. Iremos trastornándonos poco a poco, enloqueciendo, a la par que sufrimos cada vez más intensos estos dos grandes suplicios... Pero no me hagan caso. Estoy delirando.

Progresaba la mañana. Eva, reclinada sobre su prometido, había perdido ya la noción del tiempo. Realmente, también esto le ocurría a Finegan. ¡Hubiesen dado cualquier cosa por un sorbo de líquido! Todo... menos la vida. Les aterrorizaba la sola idea de arriesgarla. Sin embargo, el riesgo debía correrse y Walter sabía que ya no necesitaba machacar sobre el tema.

Otro mediodía —el segundo que transcurría desde que empezó el *cercos*— y después, interminablemente lenta, llegó la tarde. *La tarde*. Tenían los labios inflamados, los ojos febriles y la mente enturbiada por negros pensamientos. No tardaría en anochecer, cumpliéndose casi las cincuenta y dos horas de reclusión. ¿Qué sucedería entonces? ¿Podrían resistir hasta el día siguiente?

—¡No! —exclamó Vogel, poniéndose de pie en un arranque—. ¡No lo soporto más! ¿Qué debemos hacer, Walter? ¡Dilo, por Dios!

—Todos lo sabéis —contestó él, posando alternativamente la acusadora mirada en los reunidos—. ¡Basta de comportarnos como monigotes! ¡Tengo pensada la solución!

—Me... me gustaría conocerla —pidió Canfield—. ¿Cómo se las ingeniará para procurarnos agua y alimentos...?

—Un momento —cortó Walter—. No he insinuado siquiera que ésa fuese *mi* solución. Creo que no han comprendido la gravedad de nuestro estado. ¿Acaso lograríamos algo positivo proveyéndonos de lo necesario para *resistir*? ¿Qué pretende? ¿Encerrarse en este despacho semana tras semana? No; la solución no consiste en resistir. ¡Ahora hay que *luchar* de veras! ¡Sin perder el tiempo en pruebas! Lo ocurrido a Republic y a Playton es para mí suficiente demostración.

—Explíquese —animó Canfield—. Estoy dispuesto a escucharle.

—¿Opinas igual, Tim?

—Desde luego —declaró tras un titubeo—. ¡Cualquier cosa es mejor que ir secándose como un pellejo al sol! Habla, muchacho.

—Bien. Supongo que a Finegan no va a importarle lo que me propongo. Está enfermo. Para nadie es un secreto que su primera visita cuando salgamos —si salimos— será al consultorio de un psiquiatra. Pero nosotros estamos vivos y gozamos de voluntad. Vamos a pasar a la acción directa. A lo que Playton quería. Pero de una forma tan inteligente que los *humanorrobots* no habrán tenido tiempo ni ocasión de prever. Aunque exista grabada multitud de

recuerdos en sus cerebros positrónicos, apuesto mis dos ojos a que nunca habrán oído hablar... ¡de la palabra *contraveneno*! ¡Es decir, del veneno positivo contra el veneno negativo!

Los dedos de Eva oprimieron su antebrazo. Hasta el momento nadie acertaba a suponer cuáles eran sus propósitos. Walter, consciente del efecto que causarían sus palabras, aclaró:

—Hay picaduras venenosas que se curan aplicando dosis del mismo veneno. Curioso, ¿no? Éste es el *contraveneno*. No un antídoto, sino idéntica ponzoña, dosificada, hasta conseguir la inmunización absoluta. Aquello que afirma el viejísimo refrán terrestre: “Veneno mata veneno.” Nosotros hemos sido *picados* por los servomecanismos de Urano. En principio, la cuestión parece ser de índole mixta. Es decir: Hombres contra Máquinas. Pero no es así. Apliquemos el *contraveneno*. ¿No lo adivinan todavía? Es muy sencillo. ¡Máquinas contra Máquinas!

—Walter... ¡tú no estás bien de la cabeza! —barbotó Tim Vogel.

—Parece mentira que eso lo diga un técnico en Robótica. Aguarda a escuchar mi plan. Consta de tres partes.

—Oiga... —empezó Canfield.

—No tema. A usted, como director, le reservo la misión más fácil. Tim y yo saldremos del despacho, dejando que permanezca en él. Se ocupará de proteger a Finegan y a Eva. Ha de ser esta noche. Por lo menos, precisamos de varias horas hasta conseguir realizar la primera parte del plan.

—No entiendo nada... ¡pero sigue! —alentó Tim—. Siempre fuiste hombre de ideas luminosas. ¡Te acompañaría al fin del mundo!

—Deberemos afrontar un buen riesgo. Tim y yo lo soportaremos en igual medida. Mas no tan estúpidamente como Playton... si alcanzamos ilesos el objetivo Número Uno. Tengo razones para suponer que el camino estará libre de obstáculos, porque los *humanorrobots* son seis. Puntualicemos: Uno en la Central de Registros. Otro, en el Puesto de Control. El tercero, en la Cocina, esperando que la sed y el hambre nos lleven allí. El cuarto y quinto, vigilando los pasillos de salida a los electroportales.

—¿Y el sexto?

—Ése es el más temible de todos. El más listo. ¡Esperará junto a los restos mortales de Playton, porque sabe que tarde o temprano iremos a recoger su cadáver!

—¡Esto no explica nada, Trimmer! —se desesperó Canfield.

—Ahora viene la explicación. Mi plan, como anticipé, consta de tres partes. Primera: alcanzar el despacho del Directorio.

—¿Mi... mi despacho?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Para apoderarnos de las pistolas que guarda en el armero! Es usted la única persona que tiene acceso a él. Me dará la combinación para abrir la cámara.

—Se la daré —afirmó Canfield.

—Segunda: Llegar a la Central de Registros Electrónicos.

—Hemos quedado que allí montará guardia un *humanorrobot* —indicó Vogel.

—Cierto. También hemos supuesto... ¡que ya tenemos las pistolas! ¿Esperas que el *plastosilicón* resista un impacto protónico? No. ¡Se desmenuzará en fragmentos! Nos hallamos en un punto donde ya no es posible *salvar* las máquinas. Algo más difícil todavía: en el que habrá que pedir explicaciones a la Compañía Importadora del Espacio por traer a la Tierra artefactos peligrosos para la sociedad y escoger un centro estatal de fabricación... ¡como campo experimental!

—Tenemos dos partes... ¿Cuál es la tercera?

—Reparada la Central y restablecido el *contacto electrónico*, podemos pedir socorro al exterior, escapar... ¡o llevar a cabo nuestro propio desquite! Esta última es la solución que yo prefiero. Un escarmiento que sirva de ejemplo a Urano y demuestre a sus técnicos en Robótica que jamás, *jamás*, deben volver a fabricar autómatas libres de teledirección controlada. ¡Me encantaría demostrar que los robots de la Tierra pueden vencer al resto de los del Universo! ¡Que son fieles hasta el extremo de sofocar una rebelión criminal!

Ya era de noche. El indicador climático lo señalaba. Canfield y Vogel miraron a Walter con admiración, entusiasmados ante la perspectiva de aquella demostración que levantaría gran polvareda en todo el Sistema Solar habitado. Finegan, indiferente, suspiró. Eva Sunning emitió entonces un sollozo. Volvía a llorar. Nada sería ahora capaz de retener a su lado al enardecido Walter Trimmer. ¡Le conocía mejor que nadie!

CAPÍTULO VIII

CONTRA VENENO

Todo había sido concertado, estudiado y repetido hasta asegurarse de que Tim realizaría el trabajo si Walter sufría una desgracia, o viceversa. Lo peor, lo más amargo, fue la despedida.

Canfield bajó los ojos, avergonzado. Nunca supo ser un buen director. La FNE prosperó gracias a los elementos de que se halló rodeado, no a su habilidad directriz. Eva Sunning, pálida y transida de dolor, besó a su prometido... igual que si fuese la última vez que volvería a verlo vivo.

Pero el enojoso embarazo quedó atrás. Ya estaba lejos en el tiempo, aunque siguiese latiendo en el recuerdo de Walter y Tim Vogel. Ahora, agazapados, avanzaban pasillo adelante, con las manos desnudas, los ojos alerta y el corazón galopando locamente en el pecho.

Iban a luchar. A dosificar el contraveneno salvador. A demostrar en todo el ámbito de la Confederación Interplanetaria que la Tierra fabricaba autómatas a los que se les podía tildar de *viejos robots*... ¡aun siendo los más leales auxiliares del Hombre!

Tenían que demostrarlo. Por la Tierra... y por ellos mismos. El desastre sin precedentes que abortó en criminal rebelión constaría para siempre en los anales de la historia robótica. Pero a los hombres del FNE —y a sus anticuados autómatas— correspondería enteramente la gloria de haberla sofocado sin contar para nada con ayuda exterior.

Un final feliz a sus tribulaciones. Quizá demasiado feliz. Todavía no era sensato encariñarse con la idea. Hasta el momento, sólo se hallaban alejados unos treinta metros pasillo adelante.

—No se ve a nadie —murmuró Tim, cuya frente brillaba a causa del sudor nervioso.

—Es pronto. No existe motivo fundado para creer que *ellos* saben dónde permanecemos ocultos. Quizá nos han buscado por las salas desde que empezó el motín. Han establecido un amplio *cercó* que abarca las dependencias fabriles; pero son incapaces de especificar el refugio al que nos acogimos. La aparición de Playton les habrá dejado perplejos... si es cuerdo hablar de perplejidad refiriéndose a unas máquinas. No me cabe duda de que lo han asesinado. ¡Y él representa el eslabón de unión para descubrirnos!

—¿Dónde reposará ese desdichado, Walter?

—Es fácil de asegurar. Antes de abandonarnos me confesó que su propósito era tratar de salir de la fábrica. Quizá le pillaron en

cualquiera de los corredores de afloración. Vayamos hacia ellos.

—¿No será peligroso?

—Todo cuanto hagamos a partir de ahora lo es. Pero tomemos ese rumbo. Nos coge de paso en el camino del Directorio.

Habían llegado al final del pasillo. Sin novedad. Un silencio imponderable se cernía en torno. La iluminación brillaba con potencia. Desde lo alto del rellano contemplaron una extensa porción de la Sala de Separación, un sitio donde se seleccionaban los materiales una vez sometidos a las pruebas de durabilidad y antifricción.

Ya podían ver los primeros *robots*. Sus brigadas de adictos servomecanismos, totalmente inmóviles por falta de telecontrol fluídico.

Consultándose con la mirada, ambos acordaron iniciar el descenso por el tramo de la escalera rodante, ahora paralizada.

No les quedaba otra alternativa, ya que el conjunto de elevadores no funcionaba. ¡Cómo iba a cambiar la situación si conseguían reparar las averías de la Central de Registros Electrónicos! ¡Esperaba una buena réplica a los amotinados!

—No debe ser nada grave —había comentado Walter antes de abandonar el despacho—. Un trastoque ligero en piezas vitales es suficiente para causar este desbarajuste general.

—Imagino que habrá sido en los registro-cubículos. Allí mismo hay piezas de recambio en abundancia. ¿Te entenderás, Walter?

—Desde luego. Soy asesor técnico... y estudié lo suficiente de electromecánica.

—Acaso sería preferible que yo te echase una mano.

—No, gracias. Tú estarás bastante ocupado en el Puesto de Control. Recuerda que a la primera señal de *contacto electrónico* debes poner en movimiento los *robots*. Peinaremos la superficie de la fábrica hasta barrer a los *humanorrobots*.

—No lo olvido.

Ésta fue la conversación y Walter la recordaba mientras iba descendiendo peldaño tras peldaño. Aquel silencio intensísimo, indescriptible, quizá era lo peor de todo. Pesaba sobre sus almas como losas sepulcrales. Pisando con cuidado, procurando no producir el menor ruido, las dos figuras vivas descendieron hasta la Sala de Separación. Los ojos de Walter miraban de un lugar a otro, escrutadores, aguzando la vista para descubrir indicios delatores. También Vogel lo hacía. ¡De cualquier rincón podía surgir un autómatas de Urano sediento de sangre!

Pero no. No hubo el más leve movimiento. La secreta incursión, parecida a la de un decidido *comando militar*, se llevaba a efecto sin contratiempos. Pegados a las paredes, conteniendo la respiración,

avanzaron. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde la despedida? No lo sabían.

La atención estaba concentrada en lo que les rodeaba y habría sido desviarla fijarla en los autocronómetros. ¿Que pensaría ahora Eva? ¿Y Dan Canfield? ¡Adelante, Walter! ¡Olvida lo demás, porque has iniciado la penosa tarea de defender el prestigio de los seres que pueblan la Tierra!

Cruzaron la Sala. En lo más recóndito de su espíritu sentían crecer la zozobra. Casi era un sentimiento físico. Algo que *avisaba* inminente peligro. Walter iba delante, tanteando el terreno, y Tim Vogel detrás, pegado a sus talones. A la sazón se deslizaban pasillo adelante, buscando uno de los corredores de afloración. ¿Sería éste el camino seguido por Playton?

Lo era. No hubo error en las deducciones de Trimmer. Al llegar a un recodo, donde se abría la bifurcación que lo dividía, el joven se detuvo rápido y echó el brazo hacia atrás para contener el avance de Tim.

—¡Quieto! —suspiró.

Los dos quedaron paralizados, estáticos y rígidos. Allí se veía lo que buscaban. ¡La primera impresión de cuantas el Destino iba a volcar sobre ellos! En medio del pasillo, irreconocibles, destacaban varios bultos desparramados en tierra. Fragmentos humanos, porciones orgánicas que pertenecieron... ¡a Playton! Una vez más, la fina intuición de Walter acertó un pleno deductivo. ¡El espacio-ingeniero fue víctima del ataque fatal mientras se afanaba en ganar el acceso a la salida!

El horror se transformó en náuseas y los turbó. Luego, la repugnancia cedió ante la justa indignación, el anhelo de venganza y el odio irrefrenable. Desde el ángulo de la pared que ocupaban alcanzaban a ver la cabeza de Playton, aplastada, cuyos rubios cabellos aparecían pegajosos y tintos en sangre.

Resultaba monstruoso lo que hicieron con él. Carecía de brazos y Walter habría jurado que su cuerpo entero sufrió una sádica *tritución*. También alcanzaron a ver algo más, algo que, de nuevo, compaginaba en la imagen mental hipotetizada por el asesor técnico.

—¡Ahí está! —cuchicheó Vogel.

—Ssss... ¡Puede oírnos! Vamos a esquivarle, Tim. Saltaré el primero y llegaré a la bifurcación de la izquierda. Sígueme. Iremos rectos al Directorio.

—Es espantosa la muerte de Playton.

—No matarán a nadie más —bisbiseó Walter con dura resolución—. A nadie. Y cuando esto termine... ¡le diré bastantes cosas fuertes al obsequioso Williams Take!

—Quizá su intención fue buena...

—No pasó por su mente la idea de ayudarnos. Lo que él deseaba era un campo experimental para sus mecanismos importados. La culpa es tanto nuestra como suya, lo admito. Cometimos el error de creer a pies juntillas en las palabras de Tommy. Un error del que no quiso sacarnos, sin duda alentado por su ambición comercial... ¡y cuyas consecuencias han sido dos hombres despedazados salvajemente!

No convenía seguir hablando. El *humanorrobot* —precisamente el *tuerto*—ladeaba la cabeza y buscaba con el carbunclo de su única pupila vestigios de alguna onda sónica que vibró, desviada, hasta rozar las células positrónicas.

—Silencio —musitó Walter—. Voy a saltar.

Silencio, *silencio*, SILENCIO... ¡Qué valor adquiriría entonces la autoritaria palabra! ¿Todavía más del que imperaba en derredor? El autómata recobró su posición anterior, tal vez defraudado por la ausencia de sonidos. ¡No había advertido su presencia! Walter tomó aliento, lo almacenó en los pulmones... ¡y saltó en rápida zancada hasta la pared opuesta del pasillo!

No hubo ruido. Un salto elástico y felino, cuya parábola quedó frenada al apoyar las manos en el muro. Jadeó. Expulsó el aire. Estaba pálido. El corazón le latía fuerte, alterado.

Volvió el rostro para mirar a Tim y le animó al ejemplo mediante un parpadeo. El técnico en reparaciones asintió y arqueó la espalda para adquirir impulso... ¡Shipp! Otro salto de corzo... ¡y Trimmer lo recibió en sus brazos!

—Ahora... —murmuró—. ¡Al Directorio! ¡No volveremos a ocultarnos!

Siempre pegados a la pared, se alejaron pasillo adelante. Antes de sortear el inútil elevador y proceder al ascenso de la escalera móvil —ahora parada— la esperanza floreció en su pecho, haciéndoles concebir destellos de ilusionada victoria. ¡Eva, Canfield y Finegan esperaban en el despacho! ¡No les estaba permitido fracasar!

El *humanorrobot*, moviéndose pausadamente, inició la marcha. ¡Algo captó que le indujo a abandonar la guardia! Sorteando los restos de Playton, llegó a la bifurcación y allí se detuvo. Parecía *olfatear* el aire. Había una palpitación malsana en la perfecta nariz sintética. Después, seguro del rumbo, anduvo a largos pasos... ¡en la misma dirección emprendida por Walter y Tim!

No lo sabían. ¡No podían saberlo! Pero el autómata les iba a la zaga, *rastreando* sus huellas, detectando los *campos* de partículas desplazadas que agitaron a su paso. Y al mismo tiempo, sin zumbidos ni sonos audibles... ¡emitía ultrasonidos para advertir a sus camaradas de motín!

Los dos hombres llegaron al Directorio y lo franquearon sin demora. Una vez dentro, respirando agitados, se sonrieron

mutuamente. Walter se aproximó a la cámara y procedió a aplicar la combinación que accionaría el resorte de apertura. Tim Vogel, enjugándose la transpiración, tomó asiento al borde de la mesa, fatigado... ¡vuelto de espaldas a la abierta puerta!

—Nunca lo hubiese creído —puntualizó, echando una ojeada al autocronómetro—. Han transcurrido dos horas desde que salimos del despacho.

—El tiempo pasa deprisa y nosotros caminamos despacio. ¡Oh, esta combinación! ¡No acierto con ella!

Hablaban quizá demasiado alto. *Voces humanas*. ¡Vibración sónica! El servomecanismo sintió el retumbar de cada sílaba en las células de su cerebro positrónico. Sin titubeos, haciendo alarde de la escalofriante exactitud que tanto asombraba a los terrícolas, enfiló seguramente hacia el Directorio. Las ondas sonoras bastaban para mostrarle el buen camino, para *guiarle*. Y sus pies, suaves, no producían más que un leve roce incapaz de ser advertido por los humanos.

—¡Bueno! —exclamó Walter—. Abierta, al fin.

—Podemos considerarnos armados. Casi sentiré remordimientos de conciencia si me veo obligado a disparar contra *ellos*. Verdaderamente, nos han ayudado mucho en lo tocante al pedido de los cinco mil cohetes espaciales.

—Sí —replicó Walter introducido en la cámara blindada donde, entre otras cosas dignas de protección, se hallaba el armero—. Admito que son rápidos. Pero en nuestra clase de trabajo es mejor ir lento y seguro. ¿Imaginas lo que representarían mil motines brotados la misma semana en otras tantas fábricas terrestres? ¡No ganaríamos bastante para sustos!

—Quizá exista solución.

—No lo sé. Después de haber visto lo que queda de Playton repudio a esos servomecanismos, aunque sean los mejores del Universo. ¡Al horno con ellos!

La enérgica decisión repercutió en el cerebro positrónico del *tuerto*... ¡que entonces cruzaba el umbral de la puerta! Tim Vogel, encogiéndose de hombros, contestó que era del mismo parecer. Volvió a mirar el autocronómetro. Walter revolvía entre los utensilios bélicos alineados dentro de la cámara. ¡Y las morenas manos de la máquina, ansiosas, avanzaban silenciosamente hacia el cuello desnudo!

—Creo que habrá suficiente con cuatro protopistolas —decidió el joven—. ¿Por qué no vienes a eleg...?

—¡Walt...! —gurguritó una voz estrangulada—. ¡Socorr...! Mmm...

Walter Trimmer sintió que se le erizaban los cabellos y la piel de su cuerpo, toda, se estremecía. ¡Intuyó el traicionero ataque aun antes de presenciarlo con sus propios ojos! Enarbolando una pistola en cada

mano, electrizado por la convulsión, salió corriendo de la cámara y regresó al Directorio. ¡Dios santo, qué espectáculo!

Su compañero acababa de ser atrapado por detrás y la fuerza de los poderosos dedos lo levantó en vilo igual que un pelele. Vio cómo lo zarandeaba, y le alarmó el rostro amoratado de Tim, sus ojos próximos a escapar de las órbitas, la boca abierta, agarrotada, por la que comenzaba a aflorar la lengua...

—¡No te muevas, muchacho! —gritó—. ¡Es mío!

Alzó ambos brazos al mismo tiempo y apuntó las protopistolas a la hermosa cabeza de *plastosilicón* fibroidal, donde destacaba el ojo solitario y fiero. Vogel se hallaba al borde de la inconciencia y la desmadejada figura era incapaz de realizar esfuerzo alguno.

El *humanorrobot*, girando el torso desprovisto de columna vertebral fija, ofreció el pecho a Walter. ¡Un blanco excelente! Pero Walter quería su cabeza, su *motor* autodireccional. Pensó en Republic, en Playton, en la adorada Eva Sunning... Invertió en ello menos de un segundo. Después, inexorable, oprimió los gatillos. ¡Los Hombres no tardarían en demostrar su absoluta supremacía sobre las máquinas!

Un doble reguero rojizo se estrelló en la frente del autómatas. Al instante, multitud de chispazos se encendieron en derredor de la masa craneana, originando un chisporroteo de artificio. Un zumbido — ¡aquél que antaño escucharon!— azotó el aire y se apagó de súbito. Las manos soltaron a Tim Vogel y subieron para palparse el dolorido apéndice... ¡que estaba derritiéndose sin remisión, *fundiéndose* cual objeto de cera!

Las protopistolas repitieron el disparo y el olor acre de los cabellos abrasados se extendió por la estancia. Ya nada quedaba de lo que antes fuera cabeza... ¡excepto una bola chorreante que se deshacía en líquidos regueros! Las poderosas piernas vacilaron. Se oyó un crujido seco, que originó en el *humanorrobot* algo parecido a la agonía letal.

Al fin, trastabillando, la escultural figura se vino abajo, y el revestimiento de *plastosilicón* que recubría el armazón se destrozó en pedazos, descubriendo los mecanismos interiores de pulido metal inalterable.

—¡Tim! —rugió Walter, corriendo a prestarle auxilio—. ¿Cómo te encuentras? ¡Habla!

—Mmm... ¡Uff! —Vogel tragó saliva con dificultad—. Gra... gracias, amigo. ¡Un poco más y no lo cuento!

—Te atacó por la espalda. ¡Mira lo que queda de él! Lo hemos vencido, ¿comprendes? ¡Solo es una máquina vulnerable a los protoproyectiles! ¡Esto marca el principio de nuestra revancha!

Quizá es que, tras la volcánica tensión, habían perdido el dominio de los nervios; pero los dos se echaron a reír alborozadamente.

¡Victoria! ¡La primera desde que comenzó el *cerco*! Ahora, sin dejar de reír, ya podían alzar el gallo y proclamarlo a los cuatro vientos.

Allí, en el suelo ensombrecido por salpicones oscuros, yacía la máquina rota, anulada para siempre. ¡La *máquina*! Sus entrañas metálicas se mostraban sin recato, libres de la envoltura exterior que tan fielmente conseguía dotarles de apariencia humana.

—No perdamos más tiempo —dijo Walter, tendiendo un par de pistolas a su amigo—. Hemos cumplido la primera parte del plan; pero todavía nos falta tarea. Quedan cinco *humanorrobots* en la fábrica... ¡que sin duda acudirán atraídos por el escándalo! ¡En marcha, Vogel!

Sí. Otra vez volvía a acertar. Los cinco, convergiendo desde distintos puntos, se aproximaban. No lo hacían atraídos por el estruendo del veloz combate. ¡Cumplían las órdenes ultrasónicas del jefe tuerto! ¡Las *últimas* órdenes! Aquel mandato grabado potentemente en sus cerebros positrónicos solo podía borrarse empleando idéntico medio transmisor. ¡Ninguna señal fonética, incluidas las del Código, lograría frenarles!

Corriendo atropelladamente, sin preocuparse en disimular su avance presuroso, Walter y Tim regresaron a la Sala de Separación. Éste era el punto desde el que cada cual tomaría un rumbo distinto. Había sonado el momento de jugarse el todo por el todo. ¡De sofocar el motín infligiendo duro castigo a los revolucionarios!

—¡Hasta luego! —se despidió Walter—. No lo olvides. Espero restablecer el *contacto electrónico* en breve...

—Conforme. Yo me encargaré de teledirigir nuestros *robots*. ¡Y menudas ganas tengo después de sentir la caricia en mi cuello!

No volverían a pensar en los productos de Urano atendiendo a su *utilidad*. Nadie en la Tierra lo haría aunque pasasen bastantes años, porque para todos aquellas máquinas serían recordadas siempre como los asesinos de dos hombres indefensos. El crimen se paga con la muerte. La *Compañía Importadora del Espacio* labró su ruina comercial y de nada le valdrían sus provechosos negocios pasados. Fue demasiado lejos con el experimento...

Walter meditaba esto mientras corría a pleno fuelle camino de la Central de Registros Electrónicos. Sin duda, por ello se metió en el atolladero antes de advertirlo siquiera. La primera noticia concreta que tuvo sobre el peligro partió de una masa ligeramente inferior a los dos metros, alzada ante él... ¡con la que estuvo a punto de tropezar! ¡Un autómatas uraniano!

El manotazo que lanzó al aire alcanzó a Walter de refilón; pero conservó suficiente fuerza para derribarlo de bruces. Se infirió una excoriación en el hombro. Alzó la vista y descubrió un par de ojos brillantes, un rostro moreno y diez dedos largos, duros... ¡tendidos en dirección a su cuello!

Tuvo el tiempo justo de revolverse por el suelo y gatear desesperadamente. ¡La presa falló por pocos centímetros! Apelando a todos-sus recursos musculares, logró improvisar una pirueta casi acrobática y medio incorporarse. El golpetazo, pillado de improviso, le obligó a dejar escapar una de las pistolas. ¡Pero todavía conservaba la otra!

Cuando el *humanorrobot* —ejecutando unos movimientos cuya perfecta sincronización mecánica demostraba bien a las claras el profundo conocimiento que en Umbriel se poseía respecto a las funciones anatómicas del hombre— se lanzó otra vez a la carga, Walter intentó una prueba a pesar de que ya estaba en juego su vida.

—¡Alto, *rob*! —ordenó—. ¡Quieto!

No había dejado de notar que el que atacó a Vogel presentaba uno de los ojos apagados. Algo no funcionaba bien dentro de él. Sin embargo, este nuevo agresor parecía en todo idéntico a los presentados por Take. La orden no surtió efecto. ¡Ninguno! ¡La máquina se abalanzó ferozmente contra él!

El índice oprimió el gatillo casi sin tiempo para apuntar y el chorro de proyectiles protónicos se clavó, abrasador, en el amplio pecho. El *mono* que vestía humeó, chamuscado, y el *plastosilicón* se gelatinizó al instante. ¡Pero ya entonces la mole mecánica le había atrapado por el brazo!

—¡Suelta! ¡Suelta, *rob*! —bramó.

Inútil. ¡Completamente inútil! La cabeza era el núcleo rector que dirigía sus manifestaciones funcionales. Un seco tirón le obligó a caer de rodillas. Desde baja altura, medio derribado, disparó la protopistola. ¡Un impacto a bocajarro!

La larga sucesión de tiros entró por la mandíbula y le voló literalmente la base del cráneo. Un zumbido intermitente coincidió con el chisporroteo y luego, igual que en su batalla anterior, la cabeza se licuó en oscuros goterones.

Los dedos perdieron vigor, permitiendo que el joven se zafase de la tenaza. Se apartó, renqueando, hasta la pared, en donde quedó apoyado para tomar alientos. Tuvo tiempo sobrado de contemplar su destructora obra. ¡El segundo *humanorrobot* mordía el polvo!

La alegría no fue muy duradera. Aún no repuesto de la agitación... ¡otro servomecanismo apareció por el lado opuesto del pasillo, procedente del lugar que poco antes atravesara! Echó a correr con toda la velocidad de que era capaz, esforzándose en alcanzar cuanto antes la Central de Registros. Mentalmente, dio gracias a Dios por el *lapsus* que medió entre la lucha con el primero y la aparición del siguiente. De no haber sucedido así, se habría encontrado entre dos fuegos, con ambas salidas bloqueadas... ¡cercado!

Dando traspiés, resoplando a causa del escozor de sus maltratados

pulmones, desembocó en el vestíbulo que antecedió a la Central. El *rob* había tropezado con su *hermano* tendido en el suelo y debía estar tratando de levantarse. Exigió un postrer esfuerzo a su resistencia física —¡el último!— para salvar la distancia que lo separaba de la meta. El recuerdo de Eva le ayudó a sacar fuerzas de flaqueza de donde ya sólo quedaba fatiga, desnutrición y sueño. ¡Cómo pesaban las piernas! ¡Y con qué cavernosa dificultad respiraba!

Al fin —siempre llega el fin, hasta en los momentos más trágicos— entró vacilante, dando traspiés de borracho, a la Central. Le dolían las sienes, la excoriación del hombro y sentía un profundo vacío en el estómago. La sed reseca sus fauces y el simple paso del aire le raspaba el paladar igual que un viejo rastrillo campesino. ¡Pero estaba en la Central! ¡En la propia Central de Registros Electrónicos!

No descubrió enemigo a la vista, lo que le hizo pensar que el autómatas que destruyó fue el encargado, hasta poco antes, de vigilar el estratégico lugar. Aún tuvo que extraer de su cuerpo la energía suficiente para accionar la corredera manual y cerrar los portales de seguridad. Entonces, sólo entonces, se halló definitivamente a salvo. ¡A salvo!

Ya no podía dar un paso más, porque la debilidad le dominaba. Tuvo que concederse unos minutos de descanso, los primeros en las cuatro horas largas que duraba la incursión. ¿Qué habría sido de Tim Vogel? ¿Estaría aguardando *contacto* en el Puesto de Control? ¡Seguro! ¡Aquel zorro cascarrabias debió recorrer, según sus cálculos, un sector limpio de enemigos!

No tenía derecho a desmayar ahora. Eran las boqueadas finales del motín robótico. Con el pecho todavía alterado y las manos trémulas, sometió a inspección el vastísimo cuadro de controles. La posición de las palancas de *cese* y *potencia* le ofreció la clave. Hasta un profano habría podido localizar la avería. Tendría que sustituir los registrocubículos por otros de repuesto. Labor sencilla, pero de tiempo. ¡Adelante, pues, que Tim Vogel esperaba el aviso del restablecimiento fluídico!

Durante el resto de la noche, agobiado por negros pensamientos y estremecido al menor rumor de naturaleza indefinible, Walter trabajó infatigablemente. ¡Eran muchos los motivos que le impulsaban a no dejarse ganar por el desaliento! El rostro de Eva, surcado de lágrimas, danzaba en su imaginación y, a veces, hasta le pareció escuchar, en lo hondo del corazón, sus fervidos rezos.

Quando el último registrocubículo quedó instalado, de Walter Trimmer, el pulcro Asesor Técnico, apenas quedaba nada. Otro hombre —barbudo, sucio, jadeante— se había materializado en su persona. Pero aquel hombre, el astroso, fue quien consiguió el éxito triunfal para la FNE.

Nada más establecer *contacto*, la telepantalla del intercomunicador se iluminó. ¡Era Tim! ¡Un Tim Vogel con cara de Pascuas! Lanzó una ruidosa carcajada y miró a Walter, emocionado.

—¡Lo lograste, joven diablo! ¿Cómo reparaste la avería?

—Utilizando repuestos a dos manos. Ya te explicaré. Ahora... ¡tú tienes la palabra!

—¿Acabo con *ellos*, Walter? ¿Lo has pensado bien?

—Por mí... ¡bien pensado está! ¡No necesitamos *portentos* de Umbriel para construir los mejores espacio-cohetes del Cosmos!

—De acuerdo. ¡Se acabó el motín! ¡No te apartes de las telepantallas, porque vas a contemplar una excitante *función*!

Y la contempló. El *contacto electrónico* devolvía a toda la red fluidica de la FNE sus innumerables funciones. Desde el Puesto de Control, y merced al conjunto de telepantallas que ponían al alcance de la vista cualquier dependencia, Vogel localizó inmediatamente la exacta situación de los cuatro servomecanismos uranianos que aún pululaban por la fábrica. ¡Contra ellos lanzó, en un acoso empírico, los cientos de *mecano-operarios* telecontrolados!

Algo sin precedentes. Algo fantástico y aleccionador. Un ejemplo vivo, aplastante, que elevó al cenit de la gloria a los ingenios sujetos a dirección remota que marcaron la primacía de la Era Robótica. ¡Máquinas fabricadas por el Hombre convertidas en un ejército invencible, arrollador, que salía en defensa de su dueño y señor, el Hombre mismo!

Una sólida muralla formada por los cuerpos compactos, prietos, arrinconó a los cuatro *humanorrobots* y siguió apretando, siempre gobernados por los mandos de Tim Vogel, hasta destrozar las maravillosas esculturas de *plastosilicón*. De ellos sólo quedaron trozos, rotos fragmentos, porciones pulverizadas. ¡He aquí el resultado final, catastrófico, de un motín homicida que durante varios días sometió a opresión una fábrica terrícola!

Antes de que concluyese la derrota, mientras las filas metálicas de *robots* marchaban paso a paso contra los arrollados e impotentes autómatas de otro mundo, Walter Trimmer bajó la clavija y renunció a presenciarla a través del *intercom*. Era suficiente.

Ahora empezaría otro complicado capítulo para la historia de su vida. El de las reclamaciones a la *Compañía Importadora del Espacio*, la demanda legal por su imprudencia temeraria y el hundimiento implacable de cuanto representaba comercio exterior con Urano. Quizá éste debía ser el término lógico.

Después de todo, el Séptimo Planeta de la Confederación estaba demasiado lejos y a veces, sus intenciones no resultaron excesivamente idealistas respecto a la Tierra. Por fortuna, la Tierra no necesitaba de sus productos para seguir manteniendo la indiscutible

hegemonía espacial. Sí. Llegarían más conflictos, más trámites que cumplir... pero todo ello ya no le importaba.

Solo una cosa importaba. La única por el momento. La definitiva. Eva Sunning esperaba noticias. Ella aguardaba *su regreso*. Accionó la corredera de la Central y salió al vestíbulo. Tenía sed, hambre y le dominaba la fatiga. Pero anduvo erguido, con paso firme de vencedor, dispuesto a recorrer la distancia que le separaba de la Asesoría Técnica.

Allí había una mujer que soportó el *cercó* con noble entereza y espíritu de sacrificio. Lo demás quedaba relegado por ahora. Aquella mujer, *la suya*, pesaba más que la FNE, el Departamento de Estado y los cinco mil cohetes espaciales, que acabarían siendo construidos como siempre... después del plazo señalado por el general Bronson.

F I N

Las grandes potencias mundiales, preparando en secreto sus futuras naves del espacio, se dan cita en la Luna para dentro de una década de años. Pero AHORA, un libro de anticipación científica aparece para ofrecernos un estupendo relato de lo que probablemente será esa esperada

CITA EN LA LUNA

En efecto, Van S. Smith ha descrito para Vds. el primer salto del hombre hasta la Luna. Pero en una visión inédita de lo que acaso sea esta aventura, nos ofrece inesperadamente una de las más conmovedoras moralejas. ¿Está el hombre de la Tierra preparado para ir a la Luna? La Luna, en este emocionante relato, ve llegar a los primeros hombres y asiste, sin duda sorprendida, al primer derramamiento de sangre, a la primera fratricida lucha, y a las primeras manifestaciones de la humana ambición que han hecho desdichada la existencia del Hombre en su planeta.

Afortunadamente, también ve surgir por primera vez el triunfo del amor entre un hombre y una mujer...

CITA EN LA LUNA

por

VAN S. SMITH

aparece en el próximo número de esta colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas.

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

¹ Umbriel es uno de los cinco satélites del Planeta Urano.